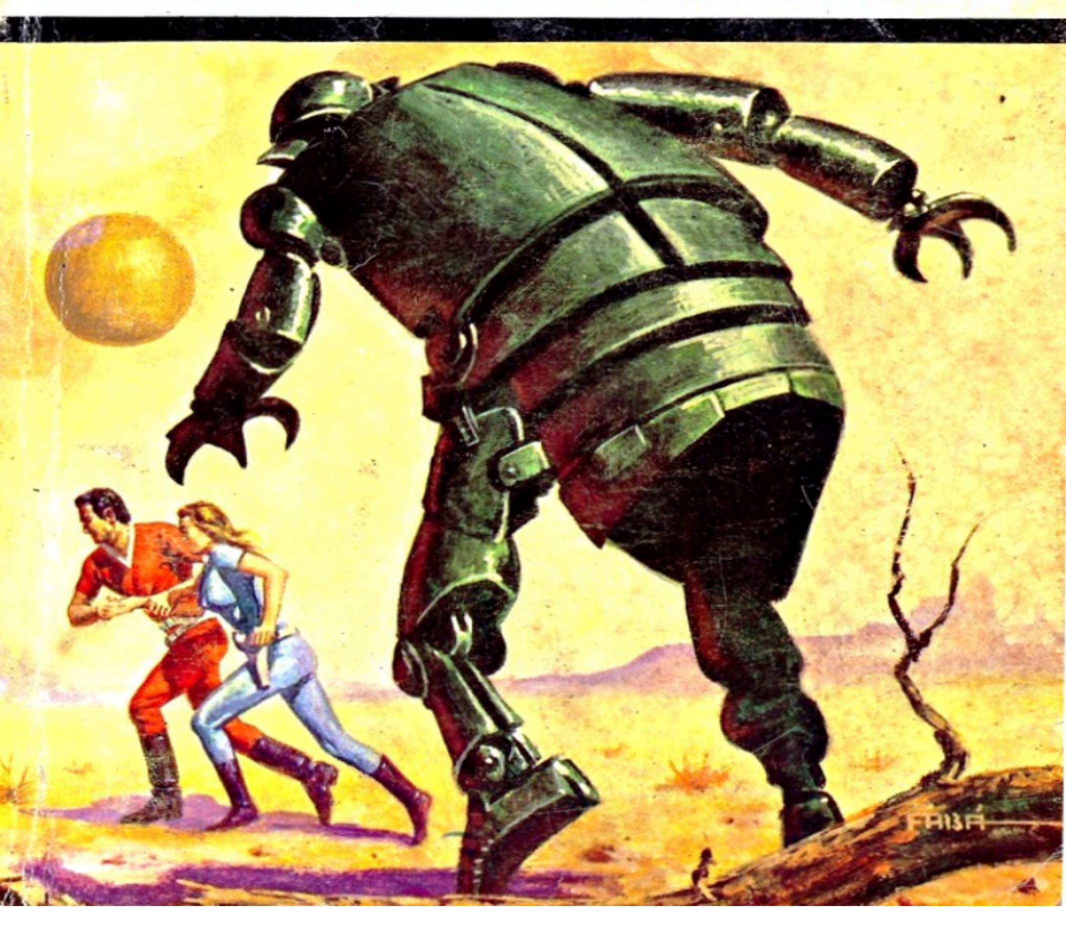
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

ROBOTS PROHIBIDOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

ROBOTS PROHIBIDOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.» 313
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES •

CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 27.393 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1º edición: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21.650) Barcelona • 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Siguiendo la rutina de costumbre, Roy Coleman hizo que su gravimóvil se apartase de la línea y lo hizo descender en dirección a las inmediaciones de su casa. Una vez el aparato posado en el suelo, desconectó la llave general, puso el seguro de combinación y se apeó a un paso del buzón, situado a veinte metros de la entrada.

Coleman sacó el correo. No parecía haber nada de particular: folletos de propaganda y un par de facturas, amén de una tarjeta postal enviada por una conocida suya, Effie Vandebrook, desde la 7. ª luna del 3. º planeta de Alfa Centauro. Effie era una viajera impenitente y a Coleman le extrañó que sólo se encontrase a cuatro años luz de la Tierra.

Con el correo en la mano y una cartera de documentos en la otra, avanzó hacia la casa de una sola planta, en que vivía desde hacía un par de años. Al llegar ante la puerta, se inclinó, puso la cartera entre las piernas y sacó la llave.

Pero no pudo completar su acción: alguien abrió desde el interior.

—Bien venido a casa, señor —dijo el hombre—. Permítame, por favor...

Coleman abrió la boca. El hombre le tomó la cartera y el correo.

—Su criado, señor —respondió el individuo sin pestañear.

—Pero yo no necesito...

—Perdón, señor; pero no puedo discutir con el señor. Tengo órdenes de entrar al servicio del señor y eso es lo que estoy haciendo. ¿Desea tomar alguna bebida? ¿Whisky por ejemplo? ¿Jerez? ¿Café? ¿Cerveza?

Coleman estudió al individuo. Era casi un palmo más alto que él, de facciones inexpresivas y muy pesado a simple vista. Su indumentaria consistía en un traje de una sola pieza, de color gris acero, sin bolsillos.

—Espero la decisión del señor —dijo el criado.

—Oiga, me parece...

—El señor puede tutearme. Es más, se lo agradecería infinito...

Coleman miró de reojo al sujeto. La verdad empezaba a filtrarse en su mente.

—Creo que eres...

—En efecto, señor. Soy un robot, serie TOM, número 404087612. Pero el señor, para abreviar, puede llamarme Tom. Con su permiso, señor...

—¡Es que yo no he pedido ningún robot! ¡No quiero robots en mi casa! —gritó Coleman.

—¿De veras? —se oyó de pronto una voz femenina—. ¿No necesita los servicios de un robot, de fidelidad y seguridad garantizadas, por una módica entrada y doce plazos que ni siquiera se notarán cuando se los descuenten de su sueldo mensual?

Más atónito aún, Coleman miró hacia su izquierda, en donde una hermosa joven, de pelo corto, brillante como un casco de oro, acababa de ponerse en pie. Hasta entonces, la joven había permanecido oculta por el respaldo de un sillón, medio vuelto hacia la chimenea situada al fondo. Ahora, de pronto, se había hecho visible y sonreía hechiceramente al dueño de la casa.

—Traigo los documentos listos, señor Coleman —dijo la chica—. Todo está en orden y sólo falta su firma. Mil quinientos de entrada y doscientos cincuenta mensuales, durante doce meses, en total, cuatro mil quinientos. Una bagatela, como puede comprender, ya que su robot tiene una duración ilimitada. Ah, y en el contrato se incluye asistencia técnica y reparación gratuitas..., suponiendo que Tom lo necesitase, cosa poco menos que imposible, dada la absoluta perfección de los productos de Robots United.

La chica vestía de la misma forma que el robot, sólo que su traje era de color azul claro. Lo cual permitía contemplar una silueta que no tenía nada que envidiar a la de Venus... si se hubiese hecho repentinamente mujer viviente, pensó Coleman, con no poca delectación.

Pero aquel instante tentador duró muy poco.

—He dicho que no quiero ningún robot —gruñó—. Tengo una mujer que viene a limpiar la casa un par de días a la semana...

—Pero ¡qué anticuado! —exclamó la joven—. ¡Una asistenta... en esta época en que se viaja en vehículos con motores antigravedad y llegar a las estrellas es cosa tan fácil como tomarse un refresco! Lo cómodo, aparte de elegante y distinguido, es tener un robot como sirviente...

—¿Quién es usted, señorita? —preguntó Coleman.

—May Haskell, vendedora de robots. Por favor, cómpreme a Tom. Llevo dos días en el empleo y casi todo el mundo tiene ya su robot

Hoy, por casualidad, me enteré de que usted era de las pocas excepciones y me dije que conseguiría venderle un robt...

—¡O se suicidaría!

—Hombre, no tanto. Pero sí tendría que buscar un empleo menos honesto. Y no me gustaría, como puede comprender.

—Pero, señorita... si yo no necesito ningún robot ni, además, tampoco lo quiero...

—¿Acaso su magnífico sueldo no le da para emplear en Tom doscientos cincuenta mensuales?

—Me da para eso y mucho más, por fortuna, pero es que no quiero. Trate de entenderme, señorita Haskell; yo lamento muchísimo su fracaso y me disgusta mucho que se vaya con las manos vacías, pero no puedo hacer algo que no deseo. Eso es todo.

May abrió los brazos un instante, para dejarlos caer laciamente a los costados.

—¡Qué se le va a hacer! Yo que pensaba ganarme mi comisión del doce por ciento... Se ve que soy una fracasada... Tom, hemos de irnos —se dirigió al robot.

—Como mande la señorita —contestó la máquina con figura humana.

Coleman lanzó un gruñido de descontento.

—Me duele darle una respuesta negativa —refunfuñó—. Si se pudiera arreglar de otra manera...

—Puesto que no quiere quedarse con Tom, no hay arreglo posible —contestó May con cierta sequedad.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Dispense —murmuró Coleman.

Estaba más cerca de la puerta que el robot y por lo tanto fue él quien abrió. Entonces vio a los dos hombres preparados en el umbral.

—Buscamos a una chica llamada May Haskell —dijo uno de los sujetos.

* * *

Coleman parpadeó bajo los cristales de sus gafas.

—¿Son policías? —preguntó.

—Mire, amigo —dijo el mismo individuo que había hablado—. Lo que a nosotros nos interesa es esa chica. Sabemos positivamente que está aquí, así que déjenos pasar...

—Somos dos y cada uno más fuerte que usted —añadió el otro.

Coleman se sintió un tanto disminuido. Medía metro sesenta y cinco y los dos tipos que tenía ante sí eran quince centímetros más altos que él, por lo menos, aparte de que le rebasaban el peso en veinte kilos. Aunque hacía ejercicio con regularidad y conservaba una buena forma física, no podía soñar en medirse siquiera con uno de los dos extraños visitantes.

—Es aquella, ¿no? —dijo uno de los hombres.

—Lo siento, señor, se equivoca, dicho sea con todos los respetos. Yo soy el robot femenino serie M.A.Y número 112030449, May, para abreviar, como es costumbre entre los robots.

Coleman contuvo a duras penas una exclamación de asombro. Al

volverse, vio a May parada en el centro de la sala, rígida, con el rostro inexpresivo, tan quieta como una estatua.

—Vaya —se burló uno de los visitantes—, parece que le gusta estar bien servido, señor Coleman.

—Psé, puedo gastarme el dinero —contestó displicentemente el dueño de la casa—. Pero, díganme, ¿por qué buscan a esa chica?

—Somos detectives privados, señor Coleman. Yo me llamo Thor Ganney y mi compañero es Butch Ryme. May Haskell es una ladrona de robots. Ha conseguido llevarse ya media docena del depósito principal de la Robots United, empresa que nos ha encomendado la tarea de buscar y detener a esa joven.

—Ah, conque ladrona de robots... Me pregunto por qué la RU no ha denunciado el caso a la policía.

—Eso tendría que preguntárselo usted al gerente. A nosotros nos contrató para buscar a esa fresca y es lo que estamos haciendo.

—El gerente les contrató..., ¿y no les dio siquiera una fotografía de la ladrona?

—No tenía ninguna a mano en aquellos momentos. Pero se la pediremos y continuaremos nuestras pesquisas, señor Coleman —manifestó Ryme.

—Muy bien, sigan investigando, pero... ¿Por qué han venido a parar precisamente a mi casa?

Ryme y Ganney se consultaron con la mirada. Luego, el primero contestó:

—Tenemos en el gravimóvil un detector de robots. Por eso, al notar en las inmediaciones un robot en funcionamiento, decidimos llamar a la puerta de su casa.

—Bien, lo siento, pero los dos robots que tengo son míos, legítimamente adquiridos y pagados hasta el último céntimo. Si no tienen nada más que decir, les agradeceré me dejen solo. Acabo de llegar del trabajo y mi mayor deseo, en este momento, es tomar un baño y cambiarme de ropa.

—Sí, señor Coleman, desde luego —dijo Ryme—. Dispense las molestias que le hemos ocasionado. Vámonos, Thor.

Los dos sujetos se marcharon. Coleman permaneció en la puerta, hasta que vio elevarse por los aires el gravimóvil en que habían llegado.

Luego cerró. May, de puntillas, corrió, hacia una ventana y miró afuera.

—Ya se han ido —rezongó Coleman.

May se volvió hacia él, con la risa bailándole en sus hermosos ojos azules.

—Han picado como tontos —exclamó.

—El tonto soy yo, por no decir que la ladrona era usted —

exclamó Coleman furioso—. Así que quería venderme un robot que no es suyo, sustraído a la fábrica.

—Perdón, señor; mi estancia aquí es absolutamente legal —dijo Tom.

—¿Cómo puedes saber…?

—Un robot tiene prohibida la mentira, señor.

—Así es —confirmó la chica—. Y usted, distinguido físico, especialista en microcibernética, debería saberlo mejor que nadie. Pero, de todos modos, para que vea, le regalo a Tom.

—¡Pero ya he dicho que no quiero un robot en mi casa!

Impasible, May giró la cabeza.

—Tom, a partir de este momento, perteneces al doctor Coleman —dijo.

—Bien, señorita —respondió el robot.

Ella se inclinó y recogió un bolso de mano, que tenía sobre el sillón en que había estado sentada hasta la llegada del dueño de la casa.

—No soy una ladrona y esos dos rufianes no son detectives privados ni nada que se le parezca —dijo—. Si conociese la verdad…

—¿Y por qué no me la dice usted?

May abrió la puerta.

—Es demasiado terrible —contestó, al mismo tiempo que echaba a andar con paso largo y elástico.

Coleman quedó bajo el dintel, lleno de perplejidad, contemplando la hermosa figura de la chica que se hacía más pequeña a cada paso que daba. May, finalmente, atravesó la cerca del jardín.

De repente, desapareció.

Coleman dio un respingo. May había llegado justo a la acera y, en el mismo instante se había hecho invisible, como si jamás hubiese existido.

«¿Lo habré soñado?», se preguntó.

A sus espaldas sonó la cortés voz de Tom:

—Con el permiso del señor, voy a prepararle el baño.

Coleman se volvió. Al menos, se dijo, Tom no era ningún sueño. Y, bien mirado, ¿por qué no tener a un robot como criado?

Lo de menos era el dinero, ya que ganaba un sueldo principesco. Pero si no rechazaba a Tom, si le permitía seguir en su casa, un día volvería a ver a May Haskell.

May regresaría, estaba seguro de ello.

CAPÍTULO II

—¿Te has enterado, Roy?

Coleman tenía los ojos fijos en la pantalla que reflejaba las imágenes captadas por el microscopio electrónico, por medio del cual estaba revisando un circuito defectuoso. Medio distraído, contestó:

—No. ¿A qué te refieres, Andy?

Andy Barstow, colega de Coleman y, como él, doctor en Física, respondió:

—La RU ha denunciado la sustracción de seis de sus mejores robots, precisamente los del último tipo AH, que significa absolutamente humano. Cinco han podido ser recuperados, pero el sexto no ha aparecido.

Coleman se volvió hacia su compañero.

—Seis robots sustraídos...

—Sí. Eso es lo que he oído comentar a Heinrich Kronne, gerente de la RU. Vino a ver a nuestro jefe para no sé qué y estaban hablando en la puerta del despacho. Kronne parecía furiosísimo.

—Si le faltan seis robots...

—Bueno, en realidad, ha recobrado ya cinco. Pero es precisamente el sexto, según he podido deducir, el que le ha puesto más furioso.

—Bueno, un robot no vale tanto, me parece. Tú tienes uno, Andy. ¿Cuánto te costó?

—Cuatro mil doscientos. El último tipo de robot, el AH, ya cuesta trescientos más, tengo entendido.

Coleman frunció el ceño. Así pues, la historia que May le había contado no era tan irreal como había pensado

Pero ¿dónde diablos se había metido aquella chica? Hacía ya dos semanas desde su inesperada visita y aún no había tenido la menor noticia de su paradero.

—¿Decías, Roy? —preguntó Barstow.

—¿Yo? No he dicho nada, Andy.

—Oh, me pareció que estabas hablando...

—En todo caso, los robots no me gustan. Y, me parece, un robot que falte en la más poderosa fábrica de esos artefactos con figura humana, no es para armar tanto jaleo.

—Kronne organizaría un escándalo por la simple falta de un tornillo—declaró Barstow—. De todos modos, pienso como tú: no es para tanto.

Coleman siguió trabajando, aunque no tenía la mente en lo que hacía.

El instinto le decía que la visita de May, con el robot, que se había quedado al fin en su casa, era algo con un trasfondo superior al de la sustracción de una de aquellas máquinas. Pero ¿qué era?

Cuando regresó a su casa, Tom le tenía preparado el baño. Después de vestirse, fue a la sala. Tom le entregó una copa de jerez.

—Quiero hablar contigo, Tom —dijo Coleman, muy serio.

—Estoy a las órdenes del señor —contestó el robot.

—A ti te robaron de la R.U.

—Siento contradecir al señor, pero la señorita pagó por mí importe exacto. Luego me regaló a usted y yo pertenezco al señor.

—Pero no tengo papeles...

—No son necesarios, señor. Un robot no miente. No puede mentir; usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí —convino desmadejadamente al dueño de la casa— Pero ¿dónde está ahora May Haskell?

—Lo ignoro, señor. Con el permiso del señor, voy a preparar la cena.

Coleman se quedó solo nuevamente. Presentía que alguien le había metido en un buen lío, pero no veía la forma de solucionar aquel problema.

Enfrascado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que ya era de noche. De pronto, vio pasar a Tom por delante de él.

—Llaman a la puerta, señor.

Coleman se irguió. Estaba tan absorto que no había percibido siquiera el sonido del timbre.

¿Sería May?, se preguntó, ansiosamente.

Una voz de hombre sonó en la puerta:

—¿El señor Coleman? Soy Patrick Flanagan y desearía hablar con él, por favor.

Las ilusiones del joven se desvanecieron instantáneamente.

* * *

Flanagan era un hombre robusto, pelirrojo y con la cara llena de pecas. Tendió su mano y estrechó con fuerza la del dueño de la casa.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Coleman.

—Doctor, conozco su reputación en el campo de la microcibernética. Necesitamos un experto de su categoría, por lo que, en nombre de la empresa a la cual represento, he venido a ofrecerle un empleo en nuestros laboratorios.

Coleman respingó.

—Estoy muy bien en mi empleo actual —manifestó.

—Lo sé —sonrió Flanagan—. Por eso confío en que las condiciones económicas que voy a ofrecerle, aparte de una amplia

libertad en sus investigaciones, puedan persuadirle de cambiar de empleo. Seis mil mensuales y participación en los beneficios, que no bajará nunca de veinte mil anuales.

—¡Caramba! Eso es una pequeña fortuna —exclamó Coleman, sinceramente asombrado.

Flanagan sonrió.

—Mi empresa puede permitirse esos emolumentos —declaró.

—No lo dudo, pero… ¿cuál es el nombre de la empresa?

—Lo siento. No estoy autorizado a decirlo, a menos que cuente con su palabra de entrar a trabajar para nosotros, a primeros de mes.

—Lo cual se contradice con sus palabras anteriores. Es decir, no tiene una absoluta seguridad en una respuesta afirmativa por mi parte.

—Siempre es preciso considerar un porcentaje mínimo de fracasos —contestó Flanagan, sin dejar de sonreír.

—Lógico, pero, por ahora, no puedo darle una respuesta. He de pensármelo bien. A fin de cuentas, llevo años en mi empleo actual y estoy contento de mis jefes y ellos también lo están conmigo.

—¿Tendré la respuesta mañana, señor Coleman?

—Pasado, mejor.

—Perfectamente. Volveré pasado mañana, a estas mismas horas.

Flanagan se encaminó hacia la puerta, que Tom ya había abierto. Salió de la casa y caminó por el sendero central.

De repente, un rayo de luz finísima bajó de las alturas e incidió de lleno en el pecho de Flanagan. Se oyó un grito ahogado.

Una fracción de segundo después el cuerpo de Flanagan, ante la estupefacción de Coleman, se convirtió en un ascua de luz vivísima que se disipó en un brevísimo espacio de tiempo.

El resplandor se apagó. De Flanagan ya no quedaba el menor rastro.

—¡Tom! ¿Has visto lo que yo? —exclamó el joven, aterrado y estupefacto a un tiempo.

—Lo he visto, señor. Una cosa terrible, señor — contestó el robot.

—Hay que avisar a la policía. Llama, Tom —ordenó Coleman, mientras, desfallecido, se metía de nuevo en la casa y buscaba ansiosamente una botella.

Mientras tomaba un buen trago, se preguntó de dónde había salido aquella luz mortífera, que había reducido a la nada a su visitante. ¿Por qué?

¿Qué era lo que estaba sucediendo? ¿Quién quería crearle semejantes complicaciones? Tom habló de pronto:

—La policía está a punto de llegar, señor —informó.

* * *

El sargento Malone guardó en el bolsillo posterior de su uniforme la agenda en que había tomado notas.

—De modo que no conocía a Patrick Flanagan —dijo.

—No, señor; nunca le había visto hasta hoy —contestó el joven.

—Y le ofreció un buen empleo.

—Sí, pero yo no acepté de inmediato.

—¿No le dijo a qué empresa representaba?

—En absoluto, sargento.

Malone sonrió.

—Eso es todo, muchas gracias. Investigaremos, se lo prometo.

Y se marchó, seguido del patrullero que le había acompañado.

—Tom, la policía no parece haberse tomado demasiado interés por la muerte de Flanagan —comentó el joven momentos después.

—Salta a la vista, señor. Pero no podemos hacer más de lo que ya hemos hecho.

Coleman asintió pensativamente.

—¿Cuándo volverá May? —preguntó.

—Algún día, señor —dijo el robot.

—¿Seguro, Tom?

—Ella regresará, señor.

—Cuanto antes, mejor. Tengo que hacerle un montón de preguntas y, aunque te enfades, quiero que se te lleve con ella. ¿Entendido, Tom?

El criado mecánico se inclinó respetuosamente.

—Un robot está construido para obedecer en todo a los humanos, señor —respondió.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, Coleman recibió una visita.

—Soy Bernie Bloom —se presentó el hombre—. Inspector de la Robots United —añadió.

—Encantado, señor Bloom. ¿En qué puedo servirle?

—Usted tiene un robot, doctor.

—Mírelo, ahí lo tiene —sonrió Coleman.

—Doctor, en primer lugar debo manifestarle que hace algunas semanas nos sustrajeron seis robots de la fábrica, de los cuales se han recuperado cinco. Falta uno y yo estoy encargado, además de otros inspectores, de investigar los robots que están en posesión de sus compradores.

—Señor Bloom, sin que ello signifique dudar de sus palabras, me gustaría comprobar su personalidad —dijo Coleman.

—Muy justo, doctor.

Bloom sacó una billetera y se la tendió al joven. Coleman examinó las credenciales con gran atención, antes de devolver la

billetera a su dueño.

—Está, en regla, aunque quizá yo pudiera oponerme a esa investigación —dijo.

—No puede, doctor. Las cláusulas del contrato especifican que usted, como dueño de un robot, debe autorizar su revisión y comprobación en el momento en que la empresa lo considere conveniente —dijo Bloom.

Coleman inspiró con fuerza. «Ahora se descubrirá el rastel», pensó amargamente, a la vez que extendía la mano izquierda.

—El robot es suyo, inspector —dijo.

—Gracias, doctor.

Bloom avanzó hacia Tom y se situó a su espalda. Por medio de un diminuto destornillador, separó una pequeña placa situada a la altura de los riñones de una persona y examinó su cara interior con toda atención.

—¡Este no es! —exclamó.

Coleman se quedó atónito, aunque sintiendo al mismo tiempo una extraña alegría por la inesperada noticia.

—Ya lo decía yo —exclamó.

Bloom le miró de soslayo.

—Usted no dijo nada —manifestó.

—Ah, ¿me he estado callado?

—Hombre, no, pero tampoco negó que este robot fuese de la R.U.

—Ni lo negué ni lo afirmé. Sólo dije que el robot era un robot.

—Pero daba a entender...

—¿Di a entender que el robot es una maceta con geranios?

—Señor Coleman, por favor, no se burle de mí.

—No, no, yo no me burlo: es usted el que se dice todo. Primero viene a mi casa poco menos que amenazando y luego exige que le permita examinar un robot que no está fabricado por la R.U. Después, se entera de que no tenía ningún derecho a examinar mi robot. ¿Qué debo pensar ahora?

Lleno de mal humor, Bloom contestó:

—Este robot ha sido fabricado por la G. M. & C. Supongo que conoce usted esa empresa, doctor Coleman.

—General Mechanics & Cibernetics —recitó el joven—. También tiene muy buenos productos.

—Inferiores a los de la RU —dijo Bloom despectivamente.

—Tom, el caballero te está insultando —se dirigió Coleman al robot.

—Señor, su distinguido visitante es un humano y yo no puedo contradecir ninguna de sus opiniones —respondió Tom con el circuito de la cortesía conectado a la máxima tensión.

—A Tom le enseñaron a poner la otra mejilla, aunque sea de plástico y acero —dijo Coleman sarcásticamente—. Bien, señor Bloom, ¿algo más?

—No —rezongó el individuo—, ya he tenido bastante. Doctor, en nombre de la Robots United, le presento mis más sinceras excusas.

—Así se habla. ¿Quiere una copita? Los humanos debemos procurar ser mejores, me parece, amigo Bernie.

Tom estaba preparando ya las bebidas. Momentos después, entregaba sendas copas a Coleman y a su visitante.

—Muy bien, Bernie —dijo el joven, después de un par de tragos —y ahora, por favor, explíqueme qué es lo que motiva su visita, porque, francamente, no acabo de creerme lo de la necesidad de una revisión de mi robot.

—Voy a serle franco yo también, doctor: Lo ignoro —contestó Bloom—. Sólo puedo decirle que todos los inspectores de la R. U., más un montón de ingenieros y técnicos de alta cualificación, convertidos provisionalmente en inspectores, hemos recibido orden tajante de encontrar al robot sustraído. La dirección no ha dado más explicaciones, salvo que ha prometido una prima de veinticinco mil al que rescate el robot.

Coleman silbó con fuerza.

—Sí que es interesante —comentó—. ¿Acaso teme la R. U. que le roben la fórmula para construir un robot tipo A. H.?

Bloom apuró su copa. Luego se encogió de hombros.

—Le he dicho todo lo que sé, doctor —contestó.

—Bernie, ese robot de la R. U. debe de ser una cosa maravillosa, pero aquí, entre nosotros, Tom no le va a la zaga.

—Sí —suspiró el visitante—, es preciso reconocer que La G. M. & C. tiene también muy buenos productos.

CAPÍTULO III

Durante la semana siguiente, Roy Coleman ya no volvió a oír hablar más del robot sustraído. Pero a los ocho días de la visita de Bloom, al regresar a su casa, se encontró con un huésped inesperado.

—¡May! —gritó al ver a la chica.

Y corrió hacia ella, para abrazarla, pero May le paró, poniendo ambas manos delante, a manera de parapeto.

—Calma, hombre, calma, modere sus efusiones —dijo riendo—. No hay para tanto, me parece a mí.

—Ha pasado casi un mes —protestó él—. Todo ese tiempo he estado sobre ascuas; me han ocurrido cosas muy extrañas...

—Sí, Tom me lo ha contado ya todo —dijo May—. Por cierto, ¿cómo le marcha?

—Oh, estupendo. Es un robot encantador.

—Lo celebro. A decir verdad, es el robot que usted se merecía.

Tom llegó en aquel momento, portador de una bandeja.

—El té —anunció.

—Será mejor que nos sentemos, Roy —propuso la chica.

—Sí. Y empiece a hablar. Estoy impaciente por escuchar sus explicaciones.

May tomó unos sorbos de té. Luego, con cara de profunda preocupación, dijo:

—Roy, sucede algo muy grave, tanto, que no me atrevo por ahora a decírselo, aparte de que lo tengo prohibido. Sólo puedo pedirle que confíe en mí... porque también he de pedirle que me ayude.

—Si está en mis manos...

—Creo que sí, porque es usted el hombre más indicado para ello, debido a su profesión y a su experiencia en el campo de la microcibernética. Supongo que habrá oído hablar de los robots tipo A. H.

—Absolutamente humano, como Tom.

—No, no del todo, aunque es preciso admitir que Tom se aproxima muchísimo a ese tipo. Pero ¿sabe usted cuál es la realidad de un tipo A. H.?

—Bien, yo diría que tiene reacciones enteramente humanas...

—Exacto —confirmó May—. Reacciones enteramente humanas, como son el afecto, la lealtad... y también la mentira, la doblez, el engaño... ¡y el odio!

Coleman saltó en su asiento.

—¡Eso no es posible! —exclamó—. La ley prohíbe

terminantemente que tales sentimientos sean grabados en los circuitos afectivos de un robot. Un robot debe decir siempre la verdad, aunque perjudique a su dueño, y tampoco puede causar ningún daño físico o psíquico, a un ser humano. Si por un desajuste eventual de uno de sus circuitos, ese robot mintiese o causara algún daño, la clase que sea, a un humano, el robot deberá ser destruido total y absolutamente, mediante la cremación en un horno.

—Excepto los robots tipo A. H.

—¿Hay excepciones en la ley?

—Por supuesto que no, pero es que los constructores de ese tipo de robots la han burlado.

—¿Y cómo se sabe que un robot pertenece a la clase A. H.?

May suspiró.

—Ese es el problema… que no se sabe, ni se sabrá hasta que empiecen a causar daños a los humanos.

—¿Por ejemplo?

—Declaración falsa ante un tribunal… o bien emisión de datos en cálculos… Usted sabe que muchos especialistas utilizan a sus robots como computadoras. Pero, ¿qué pasaría si un competidor suyo hiciera que Tom le respondiese con datos falsos al consultarle sobre algún problema especialmente complicado?

—Seria horrible, desde luego.

—Y todavía hay más —continuó la chica—. Esos robots pueden ser utilizados, incluso, como asesinos.

Coleman se espantó.

—Imposible —dijo—. No acabo de creerlo…

—Roy, un robot A. H. puede hacer exactamente lo mismo que una persona: amar, odiar y matar… Al hablar de amor, me refiero, naturalmente, a cariño, no al amor físico, por supuesto. Pero ese robot sí puede empuñar una pistola, o un puñal… o una estaca y también un lazo, ¿comprende?

—Bien, admitámoslo. Alguien tiene interés en quitar de en medio a determinada persona y envía a su robot A. H., para cometer el crimen. Pero, ¿qué pasará si la policía consigue detenerlo?

—Es muy probable que no suceda nada, Roy.

—¿Cómo?

—La persona que compró un robot para ordenarle cometer un asesinato, o simplemente un robo o un fraude, se cuidará muy bien de manipular previamente en sus circuitos. Por tanto, el robot, al ser interrogado, no acusará a su dueño. Incluso puede acusar a otro o también permanecer mudo, por avería en sus circuitos parlantes, avería que puede producirse casi con seguridad al finalizar su acto delictivo.

—Eso es espantoso. Pero, en todo caso, tendría que ser llevado

en secreto…

—En parte, ese secreto se ha perdido, porque se sabe que los robots tipo A. H. han sido manipulados para que conciban sentimientos humanos, de toda clase. Lo difícil es encontrar ahora a los robots construidos.

Coleman frunció el ceño.

—Kronne, el director de la R. U., andaba loco por seis robots que le sustrajeron, de los cuales uno no ha sido recuperado todavía —dijo.

—Si, se sospecha de la R. U., aunque todavía no ha sido posible probar nada. Es más, se cree que los seis robots mencionados no son los únicos, si bien se ignora dónde puedan estar los restantes, cuyo número, tal vez, sea más elevado de lo que parece.

—May, me está poniendo los pelos de punta. Pero, dígame, ¿qué puedo hacer yo…?

—Usted es experto en microcibernética.

—Modestia aparte, no lo hago mal del todo.

—Sabemos que logró construir un circuito radical, cuyo tamaño no alcanzaba siquiera al milímetro cúbico, es decir, menor que la cabeza de un alfiler. ¿He de explicarle yo en qué consiste el circuito radical?

—No, pero continúe, por favor.

—Lo que se le pide es que abandone momentáneamente su empleo y se una a nosotros —dijo May.

—Ah, nosotros… Y, ¿quiénes son «nosotros»?

—Roy, por ahora no puedo darle más detalles. Por supuesto, recibirá su sueldo íntegro, más una prima de compensación y… bien, nos ayudará, eso es todo.

—May, empiezo a sospechar que es usted un agente del gobierno —sonrió Coleman.

—Como acusaba, me niego a contestar, para no incriminarme —rió ella.

—Muy bien, de acuerdo. Me uniré a… a «nosotros». ¿Cuándo empezamos?

—Mañana mismo. Esta noche, sin embargo, me quedaré en su casa. Es decir, si no tiene usted inconveniente en ofrecerme hospitalidad.

Coleman se quedó con la boca abierta.

—Nu… nunca ha dormido una mujer en… en mi casa.

—Es usted un búho, Roy, y eso no es bueno en un hombre de su edad. Trabajar es bueno, pero sólo hasta cierto punto —dijo May de buen humor.

—Bien, ya no soy tan joven. Ando por los treinta y cuatro…

—Que en pleno siglo XXIII, suponen diez menos. Cuando cumpla los cincuenta, tendrá el aspecto físico de un hombre de quince menos.

A los cien, será físicamente un hombre de sesenta y cinco...

—Sí, sí, conozco las cifras medias de prolongación de la vida humana —atajó él—. Pero, a veces, me siento más viejo de lo que soy en realidad.

—Porque cuando levantaba la vista de los libros, era para aplicarla al microscopio o a un conjunto de microcircuitos —dijo May —. Y yo le ofrezco ahora la ocasión de variar un poco su género de vida.

—De acuerdo, acepto la proposición. Tom, ¿has oído?

—Sí, señor —contestó el robot—. Ahora mismo iré a preparar la habitación de los huéspedes.

May se levantó con viveza.

—Y yo iré a demostrar que soy una buena cocinera —exclamó alegremente—. He visto antes su nevera y sé que está bien provista. ¿Qué le parece una pierna de cordero a la cazadora?

—La boca se me hace agua —confesó el dueño de la casa.

May se alejó. Coleman se quedó solo unos momentos, profundamente pensativo. Tenía la seguridad de que su vida iba a cambiar a partir de aquellos instantes, y no sólo por haber aceptado el nuevo empleo que May le había ofrecido en nombre de...

¿Quiénes eran «nosotros»?

Algún grupo especial, de agentes secretos del gobierno. Pero ¿podía sentirse el gobierno de la Tierra amenazado por una veintena de robots con los circuitos alterados?

De repente, llamaron a la puerta.

—No se molesten —gritó, para que le oyeran May y el robot—; yo abriré.

Coleman se levantó, cruzó la sala y abrió. En el mismo instante, reconoció a Ryme y Ganney.

—¡Ustedes! —exclamó.

—Sí, los mismos —confesó Ganney, sonriendo torvamente.

De súbito, Ryme lanzó una exclamación:

—¡Thor, mírala, está ahí!

Coleman volvió la cabeza. May, con un delantal, había aparecido en el umbral de la puerta que daba a la cocina.

—¡Váyase, May! —gritó el joven.

Pero su aviso llegó tarde. Ryme y Ganney, sacaron sendas pistolas y dispararon al mismo tiempo contra la chica. May se llevó las manos al pecho, vaciló unos instantes y luego rodó por tierra.

Coleman creyó enloquecer de furia. Sin importarle en absoluto las pistolas ni la fortaleza física de los asesinos, se lanzó contra ellos, gritando palabras incoherentes a la vez que trataba de golpearles con los puños, en un acceso de furia demencial. Bruscamente, sintió que algo chocaba contra su frente y perdió el conocimiento, después de un

atronador estallido de luces de todos los colores

* * *

Cuando abrió los ojos, era ya de noche. Sintió sobre su frente un paño húmedo. Un gemido se escapó de sus labios.

—May…

—Estoy aquí —sonó la voz de la chica.

Coleman se sentó de golpe en el diván en que se hallaba tendido.

—¡May!

—Sí, la misma —sonrió ella.

—Pero… yo vi cómo la asesinaban a tiros…

—Pistolas antiguas y con silenciador, Roy.

Coleman le miró el pecho de curvas firmes y jóvenes.

—No hay huellas de balazos…

—Ganney y Ryme mataron a mi doble. Era un robot.

Coleman se dejó caer de nuevo hacia atrás.

—Voy a volverme loco —gimió.

—Suponía que era seguida —dijo May, mientras le acercaba a los labios una copita de licor—. Por eso, de acuerdo con mis jefes, hice que preparasen un robot que era exactamente mi doble en lo físico.

—Oh, Dios mío… De modo que todo lo que he hablado…

—No. Habló conmigo. El robot llegó por la puerta de atrás. Cuando llamaron a la puerta, yo le puse el delantal y lo hice salir. Podían ocurrir dos cosas: rapto o asesinato. Sucedió lo segundo…, es decir, ellos creen que estoy muerta…

—May, nunca le perdonaré el mal rato que me ha hecho pasar —dijo Coleman—. Oh, mi cabeza…

—Tiene un hermoso chichón en la frente. A esos dos sicarios no les interesaba usted, sino yo. Y puesto que piensan que he muerto, les dejaremos que sigan con esa creencia, hasta que llegue el momento adecuado.

—Sí, pero ¿cuándo llegará ese momento?

May se puso seria de pronto.

—Cuando averigüemos el lugar donde están todos los robots clase AH —respondió.

—Bien, supongamos que se consigue el objetivo. ¿Qué haremos entonces? —preguntó él.

—Destruir esos robots, Roy

—No será fácil, May.

—No lo será —admitió la chica—. Pero hemos de conseguirlo a toda costa.

Hasta entonces, había estado arrodillada junto al diván. De pronto, se puso en pie y sonrió.

—Roy, váyase al baño, tómese una ducha bien fría y dos aspirinas. Dentro de media hora, estará lista la pierna a la cazadora. ¿Qué tal su dentadura?

—En magníficas condiciones —contestó él.

—Entonces, es probable que se coma hasta el hueso.

CAPÍTULO IV

Por la mañana, muy temprano, se contempló críticamente al espejo.

Todavía se notaba la señal del golpe, aunque menos de lo que cabía esperar, gracias a los cuidados conjuntos de May y el robot. De todos modos, pensó Coleman, aquel golpe había sido propinado por un entendido en la materia.

—Si llega a pegar con más fuerza, me parte la cabeza como si hubiera sido una nuez —mascullÓ.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta. Inmediatamente sintió una viva aprensión.

May estaba en el cuarto de baño. Acababa de oír abrirse los grifos. En cuanto a Tom, se ocupaba de preparar el desayuno.

La voz del robot sonó en la entrada:

—¿En qué puedo servir al señor?

—Soy Heinrich Kronne. Deseo hablar con el doctor Coleman —manifestó el recién llegado.

Coleman abandonó su dormitorio.

—Buenos días —saludó.

—¿Cómo está, doctor? —dijo Kronne—. Si no me conoce, me presentaré...

—He oído su nombre, señor Kronne, y sé también que es el director gerente de la RU. ¿En qué puedo servirle?

—Si lo que desea es que la conversación tenga lugar a solas, le diré dos cosas, señor Kronne —habló el joven—. Primero, un robot no debe repetir a nadie las conversaciones que oiga en la casa de su amo, a menos que lo exija la justicia en debida forma o que su amo lo permita. Y, segundo, los circuitos activos de un robot son lo suficientemente sensibles como para captar el vuelo de una mosca a cien metros de distancia. Por lo tanto, Tom, que así se llama mi robot, se irá a la cocina. Aunque cierre la puerta, oirá nuestra conversación

Kronne sonrió.

—Lo había olvidado. Excúseme —rogó.

Tom se marchó. Los dos hombres quedaron solos.

—Acabo de levantarme —declaró Coleman— El desayuno no está preparado todavía; por eso no puedo ofrecerle una taza de café.

—Oh, no importa. Yo ya he desayunado y... en realidad, mi visita va a ser muy breve. Supongo que usted conoce mi cargo en la Robots United.

—Sí, sé que estuvo hace algunos días hablando con mi jefe...

—He vuelto a hablar con el señor Mailer y ha dado su conformidad, suponiendo que usted acceda también, doctor Coleman —dijo Kronne—. El motivo de mi visita es, sencillamente, proponerle

un empleo en nuestra empresa.

—Oh —murmuró el joven—. De modo que es eso.

—En efecto. Siete mil quinientos mensuales y veinticinco mil, como mínimo, garantizados de participación en los beneficios anuales. Bien, ¿qué le parece mi proposición?

Coleman fingió reflexionar un instante.

—Tendrá que esperar, señor Kronne —dijo al cabo.

—Esperar, ¿a qué? —preguntó el visitante, sorprendido.

—He tenido mucho trabajo en los últimos tiempos. Hoy, precisamente, empiezo un mes de vacaciones.

Las espesas cejas de Kronne se alzaron vivamente.

—¡Un mes!

—Ni un día menos —sonrió Coleman—. A mi regreso, le daré una respuesta definitiva. Admito que la proposición es estupenda, pero necesito ese descanso absolutamente.

—Pero…

—Señor Kronne, el dinero es muy importante, pero no lo es todo en la vida. Necesito irme al campo y despejar mi mente, para encontrarme en perfecta forma física al regreso. Empezar ahora a trabajar, y más en un nuevo empleo, en donde el grado de concentración, hasta hallarme al corriente, sería muy superior al habitual, podría conducirme a un hospital, para tratarme el agotamiento, cosa que no quiero que suceda. Insisto, cuando regrese de mis vacaciones, le daré respuesta.

Kronne se resignó.

Kronne se encaminó hacia la puerta. De pronto, giró en redondo.

—Doctor, Mailer no me dijo que usted se marchaba de vacaciones —exclamó.

—¿Cuándo habló usted con él?

—Ayer, al mediodía.

—Yo le comuniqué mis propósitos cuando terminara la jornada —mintió Coleman con todo descaro.

—Ah… Buenos días, doctor.

—Buenos días, señor Kronne.

El visitante se marchó. Segundos después, Coleman, que miraba a través de una de las ventanas, oyó la voz de May a sus espaldas:

—¡Bravo, Roy; ha estado magnífico!

Coleman se volvió. May, envuelta en una de sus batas, le miraba sonriente desde el umbral del cuarto de huéspedes.

—Lo ha escuchado todo —dijo.

—Sí, y ha quedado como los ángeles.

—Los ángeles no mienten y yo he tenido que mentir, May.

—Bueno, era una frase —ella señaló el videófono—. Llame a su oficina y diga que se marcha de vacaciones.

—Si, pensaba hacerlo. Además, hablaré con un amigo para que diga que ya pedí ayer mis vacaciones. A Kronne podría ocurrírsele llamar a Mailer y…

—Seguiremos hablando durante el desayuno —sonrió la chica.

—Por cierto, ¿qué fue del robot que era su doble?

—Mientras usted permanecía sin sentido, unos amigos vinieron y se lo llevaron —contestó May desenvueltamente, a la vez que se metía de nuevo en el dormitorio.

* * *

—Lo primero que hemos de hacer…

Coleman atajó rápidamente a la muchacha.

—Lo primero que hemos de hacer es buscar a Ryme y a Ganney —dijo con firmeza.

May abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Han estado dos veces en mi casa. Siento una viva curiosidad por saber quién les envió.

—Pero no sabe dónde puede encontrarlos…

—Los encontraré.

—Oiga, ¿sabe que es muy independiente?

—¿Va a arrepentirse ahora de haberme contratado?

—Hombre, no, pero…

—Entonces, deje que termine de desayunar. Tengo hambre.

—¿Después de lo que comió en la cena? ¡Parecía un caníbal!

—Sí, pero quedó el hueso —contestó él con todo desparpajo.

Coleman terminó de desayunar y se puso en pie.

—Tom… —llamó.

—¿Señor? —contestó el robot.

—Te necesito. Ven a mi cuarto de trabajo.

—Sí, señor.

—Usted también, May.

—No sabía que trabajase en casa —se sorprendió ella.

—A veces, aunque no siempre. Antes, sin embargo, trabajaba más, a fin de adelantar la tarea. Ahora ya me lo tomo con un poco más de filosofía.

May siguió a Coleman. Tom les había precedido ya.

El cuarto de trabajo del dueño de la casa tenía mucho del laboratorio. Durante unos minutos, Coleman se enfrascó en una serie de operaciones, qué finalizaron cuando situó a Tom delante de lo que parecía una pantalla de televisión, de treinta y cinco pulgadas.

Acto seguido, Coleman conectó un cable a un diminuto orificio que Tom tenía detrás de la oreja izquierda. El otro extremo del cable fue a parar a un agujero similar, situado en la batería de mandos de la

pantalla.

A continuación, el joven tomó una cámara fotográfica con película instantánea.

—Tom, trata de recordar el rostro de Thor Ganney —pidió.

—Sí, señor.

Segundos más tarde, la asombrada May veía en la pantalla las facciones de Ganney. Entonces, Coleman accionó el disparador de la cámara.

Luego sacó la fotografía y dejó que se secase. Al terminar, se la entregó a la chica.

—¿No sabía usted que todo robot tiene un circuito de grabación, que puede ser activado, para que reproduzca cuantas imágenes han captado sus circuitos visuales durante los treinta días precedentes?

—Me deja usted…

—Atónita, ¿verdad? —rió él—. En tal caso, ¿por qué vino a buscarme?

—Sí, tiene razón, aunque si he de ser sincera, la idea no fue mía, sino de mi jefe.

—Oh, claro, ya me lo imagino. Tom, la cara de Ryme.

—Sí, señor —contestó el robot.

Momentos después, Coleman tenía las dos fotografías de los sujetos que habían creído asesinar a May.

—¿Y ahora? —preguntó la muchacha.

—Sígame, por favor.

Regresaron a la sala. Coleman consultó una agenda de sobremesa y luego marcó una serie de letras y cifras en el teclado del videófono.

A los pocos momentos, apareció en la pantalla el rostro de un hombre de su edad, aproximadamente.

—Hola, Roy —saludó el individuo—. ¿En qué puedo servirte?

—Voy a enseñarte dos fotografías —dijo Coleman—. Quiero que me digas dónde puedo encontrar a esos tipos.

—¿Qué tipos?

—Ahora verás.

Coleman puso las fotografías delante del objetivo de la cámara. Hank Warburton, teniente de policía, meneó la cabeza.

—Pobres —dijo.

—¿Cómo?

—Roy, ¿cómo llegaste a conocer a esos tipos?

—Estuvieron ayer en mi casa…

—Por favor, Roy, no te burles de mí. Soy buen amigo tuyo, pero tengo mucho trabajo.

—Hablo en serio, Hank.

—Y yo también. Thor Ganney y Butch Ryme fueron hallados

muertos, hará cosa de tres meses. Asesinados a balazos, para más detalles.

—¿Seguro, Hank?

—¿Quieres que te enseñe sus expedientes?

—Gracias, me basta con tu palabra. Perdona las molestias.

Coleman cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha. May se sentía atónita.

—Eso es imposible —dijo.

—No, no lo es.

—¿Por qué lo cree así?

—May, ¿contra quién dispararon Ganney y Ryme ayer por la tarde?

—Contra mí…

—Contra un robot que tenía su misma figura, contra un duplicado exactamente de May Haskell.

Ella se puso una mano en la boca.

—Entonces, Ryme y Ganney…

—Sí, son dos robots.

Sobrevino una pausa de silencio.

—Entonces, son dos robots tipo A. H. —adivinó May al cabo.

—Exactamente

—Y convendría buscarlos…

—Más que buscarlos, convendría encontrarlos —corrigió él.

—Sí, pero ¿dónde?

Coleman reflexionó unos momentos. De pronto, creyó haber hallado la solución.

—En seguida lo sabremos —respondió.

De nuevo marcó el mismo número videofónico. El rostro de Warburton se hizo visible por segunda vez.

—Roy, ¿qué te ocurre ahora? —preguntó el policía.

—Hank, parece ser que tú estabas bien enterado de la vida y milagros de esos dos tipos —dijo Coleman.

—Moderadamente bien. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Se hizo mucha publicidad de su asesinato?

—No demasiada. Y nadie lo sintió, créeme.

—¿Los has vuelto a ver después?

—Roy, por todos los diablos, ¿cómo voy a ver a unos difuntos? No son tiempos de creer en fantasmas…

—Escúchame, te lo ruego. Necesito que me indiques sus domicilios y algunos de los lugares donde solían acudir normalmente.

—Está bien, pelmazo. Toma nota.

Coleman escribió los datos que le facilitaba su amigo el policía. Al terminar, le dio las gracias y cortó el contacto videofónico.

—Roy, ¿qué es lo que pretende usted? —inquirió May

—Es bien sencillo: encontrar a esos dos robots tipo A. H. o, por lo menos, a uno de ellos.

—Usted cree que los asesinaron, después de «copiarles«.

—Sí. ¿No lo hizo usted con un robot?

May se mordió los labios.

—Pero, en tal caso, ¿cómo no ocultaron mejor los cadáveres? Porque si los robots andan por ahí haciéndose pasar por dos muertos, alguien tiene que notar la trampa, un día u otro.

—Eso es algo que no está muy claro, pero tampoco importa demasiado —respondió Coleman—. Lo que si interesa de veras es echarle el guante a uno de los dos.

—Y. ¿qué hará entonces, Roy

—Soy experto en microcibernética, no lo olvide —dijo el, a la vez que echaba a andar hacia la puerta.

May corrió tras Coleman.

—Roy, ha tenido usted una buena idea —manifestó—. Pero si conseguimos apresar a uno de esos robots, no lo traiga a su casa.

—Entonces, ¿adónde?

—Yo le indicaré el lugar adecuado. Ya tiene preparado un pequeño laboratorio con todo lo más necesario, ¿comprende?

Roy se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Parece que lo tenían bien planeado —comentó jovialmente.

—Le necesitábamos a usted.

—Sí, ya lo veo.

—Y yo dirigí el montaje del laboratorio secreto, durante el tiempo que he permanecido ausente, después de nuestra primera entrevista.

—Una entrevista incongruente, todo hay que decirlo —observó Coleman, a la vez que abría la puerta de su gravimóvil.

—Menos de lo que piensa, porque, en primer lugar, le dejé a Tom, que es una joya.

—Y ¿en segundo lugar?

—Nos hemos conocido. ¿No le parece importante —contestó ella con deliciosa sonrisa.

Coleman asintió.

—Sí, muy importante —convino.

CAPÍTULO V

Costó bastante, pero, al fin, localizaron a Butch Ryme una semana más tarde.

El robot, con el aspecto absolutamente auténtico de ser humano, salía de una casa a media tarde. Coleman se situó tras él, con toda discreción

May aguardaba en el gravimóvil. Coleman llevaba en las manos una cajita negra, poco mayor que un paquete de cigarrillos. De pronto, hizo presión en un botón y Ryme dio media vuelta instantáneamente, dirigiéndose con paso firme hacia el gravimóvil.

Ella abrió la portezuela. Ryme se acomodó en el asiento posterior.

—¿No habrá peligro de que nos ataque? —preguntó May aprensiva, cuando Coleman se hubo sentado a su lado.

—Ninguno —respondió el joven.

—¿Cómo lo ha conseguido, Roy?

—El interferidor de ondas. Es como si yo fuese un hipnotizador y le obligase a usted a actuar según mi voluntad.

May había accionado ya los mandos del gravimóvil.

—Me alegro de ser una persona y de que usted no sea un hipnotizador —dijo.

—Piensa muy mal de mí —se quejó Coleman.

—Era sólo una frase, tonto —rió ella.

—Sí, va veo. ¿Acaso me toma por un hombre de las cavernas?

—Vamos, Roy, no se enfade. Yo sé que usted es todo un caballero. Era una broma, se lo aseguro.

El aparato volaba ahora raudamente, fuera de las líneas habituales a otros gravimóviles. En pocos minutos estuvieron fuera de la urbe.

Una hora más tarde, May hizo descender al gravimóvil al fondo de un pequeño valle, en el que se divisaba una casita de blancas paredes. Hasta entonces, el robot había conservado una absoluta inmovilidad.

—De modo que este es el laboratorio secreto —dijo Coleman, al poner el pie en tierra.

—Sí. Además, hay habitaciones y un frigorífico muy bien provisto. Pero muy pocos conocen el emplazamiento de este laboratorio —respondió ella.

El robot les siguió dócilmente. Cuando entraban en la casa, era ya de noche.

May encendió las luces. Luego guió a Coleman hasta la habitación destinada a laboratorio.

—¿Qué le parece, Roy?

Coleman recorrió las instalaciones con la vista.

—Está bien —aprobó.

—Lo celebro. Oiga, si le parece, prepararé la cena…

—Y yo empezaré a trabajar de inmediato. No quiero perder tiempo.

—Como prefiera.

May se alejó y Coleman quedó a solas con el robot en el laboratorio, en el laboratorio.

—Quítate todas las ropas —fue lo primero que ordenó.

El robot obedeció mansamente. Coleman no había cortado, ni pensaba hacerlo, el flujo de ondas interferido ras sobre sus circuitos de comportamiento humano.

El robot llamado Ryme quedó completamente desnudo. Era fácil advertir que no se trataba de un humano.

A continuación, Coleman le quitó la placa de revisión situada en la espalda. El interior de la placa estaba completamente en blanco, sin ninguna inscripción.

—Lógico —murmuró.

Luego, situándose frente al robot, presionó ambos hombros. Una gran placa giró hacia abajo inmediatamente, dejando todo el interior del tórax al descubierto.

Coleman estudió unos instantes los mecanismos que quedaban a la vista. Luego, armado con una potente lupa y unas largas pinzas, extrajo varias diminutas piezas, que dejó sobre una mesa. Una de aquellas piezas era el llamado circuito radical, sin el cual ningún robot podía ejecutar el menor movimiento.

Las piezas, a su vez, estaban compuestas por otras varias, algunas de ellas de tamaño microscópico. Con otras pinzas, más pequeñas que las anteriores, Coleman logró extraer un diminuto rollo de alambre, cuyo grosor no rebasaba la media centésima de milímetro.

Armándose de paciencia, consiguió estirar el alambre, situándolo en una devanadera especial, la cual, a su vez, quedó bajo el objetivo de un potente microscopio, con pantalla televisora incorporada.

Acto seguido, se sentó frente a la pantalla. El hilo del circuito aparecía ahora como si fuese el cabo de amarre de un buque de gran tonelaje. Coleman manipuló en el mando de aumento y el hilo alcanzó un diámetro aparente de veinte centímetros.

Ahora se podía ver con todo detalle las minúsculas irregularidades de la superficie del hilo. Había en el centro una banda longitudinal, en la que se divisaba una serie de líneas que subían y bajaban, como las de una gráfica termométrica. May le sorprendió en el examen del hilo una hora más tarde.

—La cena ya está lista —anunció.

—Venga aquí —pidió él—. Mire la pantalla. ¿Qué es lo que ve?

—Rayas que suben y bajan…

—Son impulsos, pero, aunque no lo parece, están codificados y yo no conozco la clave.

—¿Qué significa eso, Roy?

—Instrucciones, simplemente.

—Pero no sabe qué clase de instrucciones.

—No. Además, presiento que se trata de lo que podríamos llamar órdenes secretas.

—¿Cómo?

—Imagínese a una persona fácil de sugestionar por medio del hipnotismo. Alguien influye en su mente y le imbuye unas órdenes, que no debe ejecutar inmediatamente, sino cuando alguien se lo mande, por medio de una palabra o frase clave. Esa persona hipnotizada puede actuar normalmente, incluso durante años. Pero un día alguien pronunciara la clave y las instrucciones que tiene grabadas en el subconsciente, aflorarán a la superficie y ejecutará las órdenes, cualesquiera que éstas sean.

—Comprendo, pero ¿por qué no nos vamos a cenar? —sonrió May.

Coleman suspiró. Desconectó el microscopio y se puse de pie.

—Seguiré trabajando durante gran parte de la noche pero mañana deberá pedir una computadora descifradora. Quiero averiguar en qué consiste la clave, ¿comprende?

—De acuerdo.

Coleman y la chica pasaron a la sala, donde ella tenía ya dispuesta la mesa. Después de los primeros bocados Coleman hizo una pregunta:

—Bien, y ahora, ¿por qué no me cuenta con todo de talle los temores de su departamento?

—¿Es que no se ha dado cuenta ya? Andamos detrás de los robots A. H„ eso es todo.

—Pero sólo se construyeron seis…

—¿Qué me dice de Ryme y Ganney?

—Oiga, cuando usted vino a verme por primera vez aparecieron también esos dos tipos. Buscaban un robot robado.

—Nosotros no lo tenemos, se lo aseguro.

—Entonces, Kronne mintió al mencionar solamente seis robots.

—Es más que probable.

Coleman se quedó muy pensativo.

—Y si mintió por seis, puede que sean muchos más los robots A. H. construidos ilegalmente por la R. U.

—Eso es lo que sospechamos, aunque, hasta ahora no hemos

podido demostrarlo. Ryme es la primera prueba que viene a ser una confirmación parcial de nuestras sospechas.

—¿Por qué parcial, May?

—Porque necesitamos encontrar el laboratorio donde se construyen esos robots A. H.

—Sí. Comprendo. Y, ¿qué harán entonces?

—La ley se encargará de los culpables, Roy.

—Una pregunta, May —dijo Coleman.

—Si, lo que quiera.

—¿Conocía usted a Patrick Flanagan?

May no pudo contestar. Algo explotó en el laboratorio con tremendo estrépito.

Ella gritó. Coleman la hizo echarse al suelo.

Se oyó otra explosión. La puerta del laboratorio voló por los aires, empujaba por la onda expansiva. Una gran nube de humo, de la que brotaban enormes llamaradas, surgió del hueco.

Sonaron más explosiones. Coleman, que no había perdido la serenidad por completo, gateó hasta alcanzar a la muchacha y se la llevó a rastras fuera de la casa.

Enormes lenguas de fuego salían del laboratorio. Ya no se producían más explosiones, pero el avance del fuego era incontenible.

Una luz se alejó rápidamente, perdiéndose en las alturas segundos más tarde. Coleman y la muchacha contemplaron el desastre desde prudente distancia, con rostro sombrío.

—Son muy poderosos —murmuró ella.

—¿Kronne?

—Y los que están tras él.

—¿Quiénes son?

—No estoy autorizada para revelar nombres.

La casa ardía en pompa. May se echó a llorar.

—Había puesto tantas ilusiones en mi plan...

—Ah, el plan era suyo.

—Sí, Roy.

Coleman pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia si con gran ternura.

—Llore a gustó, muchacha; eso la hará sentirse mejor —aconsejó.

—Pero también me da mucha rabia. ¡Salvajes! ¡Pudieron habernos matado! —gritó May excitadamente, a la vez que paleaba el suelo con fuerza.

Coleman lanzó un grito de dolor y empezó a saltar a la pata coja. Ella le miró atónita.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—May, otra vez que se le ocurra dar patadas de rabia, no lo

haga sobre mi pie —contestó él.

La chica le miró un instante y luego rompió a reír.

—Lo siento de veras —se disculpó—, Pero estaba tan furiosa... Pudieron habernos matado —insistió.

—Pero estamos vivos y eso es lo que importa, May, por fortuna, nuestro gravimóvil sigue intacto. No tenemos otro remedio que volver a casa.

—Si usted lo dice...

—A menos que prefiera dormir al aire libre, claro.

—No, será mejor que nos volvamos.

—Alguien vendrá cuando vea el resplandor del incendio —supuso Coleman.

—Estamos en un lugar deshabitado. Lo elegí precisamente por eso...

—Pero alguien lo supo, vino, empezó a poner petardos y destruyó la obra apenas iniciada.

Subieron al gravimóvil, que se elevó de inmediato.

—May, ¿son ustedes muchos en su departamento? —preguntó Coleman, momentos después.

—Pocos, pero elegidos y de absoluta confianza. No hay temor a las filtraciones, se lo aseguro.

—Entonces, no comprendo cómo pudieron localizar el escondite.

—Tengo la seguridad de que nos vieron salir de su casa y que nos siguieron a distancia, por radar. Cuando vieron que llegábamos aquí, se volvieron, pidieron instrucciones... y alguien vino con las bombas y las sustancias termógenas. Incluso supieron aguardar el momento en que estábamos fuera del laboratorio.

—Sí, es una hipótesis llena de lógica —convino el joven—. Pero ¿por qué no intentaron matarnos, como hicieron con Flanagan?

—Flanagan no pertenecía a nuestro departamento, Roy.

—¿Lo conocía?

—Sí. Pertenecía al Servicio Secreto y sé que actuaba poco menos que independientemente, sin conexión alguna con nosotros. Quizá le tomaron por un personaje de categoría y por eso lo asesinaron.

—Bueno, por fortuna, nosotros no tenemos categoría, lo que nos permite seguir vivos. De todos modos, mañana me procuraré la descifradora.

—¡Pero los circuitos están destruidos...! Coleman guiñó un ojo, mientras se tocaba el bolsillo izquierdo de su camisa.

—La pieza del circuito radical que contiene la clave está aquí —dijo.

—Oh... Se lo había callado hasta ahora...

—Me la eché al bolsillo cuando usted avisó que la cena estaba lista. Fue, ahora lo veo, un acto instintivo, pero es que acababa de

quitarla del porta objetivos y lo hice sin darme cuenta.

May exhaló un largo suspiro, a la vez que se reclinaba sobre el asiento.

—Al menos, no se ha perdido todo —exclamó.

—Yo diría que no se ha perdido nada —contestó Coleman alegremente.

CAPÍTULO VI

La imagen del hilo aparecía nuevamente en la pantalla, si bien Coleman había hecho ahora ciertas modificaciones, consistentes en que sólo se veía en la imagen una faja vertical de unos dos centímetros de anchura, bajo la cual pasaba lentamente la serie de rayas alternativas que estaban grabadas en el hilo.

Frente a la pantalla había una computadora decodificadora, cuyo ojo electrónico recogía las imágenes que desfilaban lentamente ante el mismo. En la parte posterior de la máquina había una pantalla de forma alargada, en la que se verían las letras y cifras que debían surgir, cuando se hubiese iniciado el proceso decodificador.

La computadora había llegado al día siguiente de encargar su compra. Coleman había puesto manos a la obra inmediatamente. May asistía expectantemente a la tarea.

De repente, se vio una palabra: Central. Luego surgieron cuatro cifras 0042. A continuación, aparecieron más guarismos: 32° 15'. Luego...

La pantalla se apagó de pronto y la computadora dejó de funcionar.

—¿Qué ha pasado, Roy? —se alarmó la chica.

Coleman lanzó una mirada hacia una de las paredes de la estancia. Inmediatamente, soltó un taco.

—No hay luz —dijo.

—¡Imposible! A las diez de la mañana...

—Estamos sin corriente —rezongó él—. Quizá haya saltado algún fusible. Voy a ver.

Coleman se puso en pie y abandonó el laboratorio. Tom se hallaba en la sala.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó.

—Creo que han saltado los fusibles —respondió el joven.

—Con su permiso, señor; deje que yo me ocupe de ese asunto.

De repente, se oyó un agudo chillido en el laboratorio.

—Está bien.

—¡Roy! ¡Roy!

Coleman dio media vuelta y echó a correr, en el momento en que sonaban varios estampidos.

—También aquí —masculló.

May apareció en aquel momento, corriendo desesperadamente.

—Está en el laboratorio y tiene una pistola —gritó.

Coleman agarró a la muchacha por un brazo y la apartó de la puerta. Buscó un arma con la mano. Sobre una mesita auxiliar divisó un grueso jarrón.

Asomó la cabeza precavidamente. Había un hombre en el laboratorio, con una pistola en la mano. El cañón tenía unas dimensiones enormes.

La computadora había saltado ya hecha pedazos. Otro disparo destruyó la pantalla del microscopio.

—Mi ruina —masculló el joven, furioso.

El intruso estaba vuelto de espaldas a él. Coleman lanzó el jarrón con todas sus fuerzas, alcanzándole de lleno en el cráneo. El atacante se desplomó de bruces.

—Ya lo tengo —gritó Coleman, a la vez que se precipitaba en el laboratorio.

De pronto, cuando se acercaba al caído, vio que salía humo de sus orejas.

—¡Maldición, es un robot!

May se quedó atónita.

—¿Habla en serio? —exclamó.

—Mire —dijo él—. El golpe ha provocado algún cortocircuito en sus mecanismos y se está quemando por dentro.

—Apáguelo, hombre; algo podremos conseguir...

—Todo es inútil ya —contestó el joven—. Cuando hay un cortocircuito, los sistemas de refrigeración dejan de funcionar instantáneamente. La temperatura se eleva y delgadísimos hilos de los circuitos de comportamiento se convierten en metal fundido..., apenas unas gotas microscópicas, de las que no se puede obtener el menor dato.

Puede mirar su placa de origen —sugirió May.

—Lo haréis, cuando el robot se haya enfriado. Pero mucho me temo que proceda de la misma fábrica que Ryme.

May asintió, mientras contemplaba el destrozo causado por los proyectiles explosivos.

—Roy, el circuito radical —exclamó de pronto.

Coleman se acercó al portaobjetos. Por medio de unas pinzas, extrajo el hilo que habían estado examinando al microscopio. De pronto, torció el gesto.

—Ya no sirve para nada —dijo.

—¿Cómo?

—-No se moleste, pero un profano no puede distinguirlo. Yo, sí, modestia aparte. El hilo se ha fundido, aunque sin perder del todo su forma. Seguramente, los proyectiles eran también termógenos.

—Y la clave se ha borrado.

—Pero tenernos una pista, ¿no cree?

May hizo un gesto de duda.

—No es demasiado —murmuró decepcionada.

—Menos teníamos al empezar, no se queje.

De pronto, Coleman recordó algo.

—Voy a desconectar los interruptores de las máquinas. De lo contrario, si los fusibles han saltado, no servirá de nada que Tom ponga otros.

May extendió una mano.

—Roy, ¿ha dicho que Tom va a colocar unos fusibles nuevos?

—Si, él mismo se ofreció...

—¿Desde cuándo un robot se encarga de esas tareas? —exclamó la muchacha—. Colocar fusibles es una de las pocas cosas que los robots tienen prohibidas por completo, usted conoce bien los motivos.

Coleman abrió la boca, estupefacto.

¡Diablos, no me había dado cuenta!

Giró sobre sus talones y echó a correr hacia la salita. En el mismo momento, vio a un hombre que atravesaba rápidamente el jardín.

—¡Tom! —gritó.

Pero el robot no le hizo caso. Había un gravimóvil parado junto a la acera y Tom se lanzó como una centella a través de la puerta que uno de sus compinches tenía abierta. Instantes después, el gravimóvil se elevaba raudamente en el espacio.

—¡Sigámosles! —propuso May con vehemencia.

—Lo dudo mucho —dijo Coleman.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo?

—No; pero en el cobertizo posterior tengo una tándem de dos plazas.

—Está burlándose de mí...

—¡Mujer, se han llevado mi propio gravimóvil!

—Oh —dijo ella, desanimada—. De modo que Tom era un A. H.

—Lo que significa un traidor, May.

La joven calló unos instantes.

—Roy, yo le traje a Tom y estoy segura de que era robot último modelo, pero dentro por completo de la ley. El que ha huido era un A. H., que alguien puso en lugar de Tom. Luego se llevaron a éste y lo destruyeron.

De pronto, Coleman sintió un escalofrío.

—May, estamos envueltos en una tela de araña, que no nos permite dar un solo paso, sin que ellos lo sepan. ¿Sabe usted cómo se entera la araña que aguarda escondida de que hay una presa en la red?

—Si, las vibraciones del choque y los movimientos subsiguientes de la presa, al intentar escapar, son transmitidas a través de los hilos, hasta la guarida de la araña. Entonces, ésta sale...

—Ataca y mata. Esto no nos ha sucedido todavía, pero cada uno de nuestros movimientos produce una vibración, la cual, a su vez,

origina la reacción consiguiente.

May extendió los brazos, con gesto lleno de desánimo.

—Entonces, vamos a fracasar —exclamó.

—Todavía no podemos considerarnos derrotados —dijo él con repentina energía.

—¿Se le ha ocurrido alguna solución, Roy?

—Procure limpiar el laboratorio —respondió Coleman, mientras se dirigía hacia la puerta—. Yo voy a ver si encuentro los medios que nos permitan burlar a Kronne y los suyos.

—Debo esperarle en casa, supongo —dijo May.

—Sí, desde luego.

* * *

Eran las ocho de la tarde, cuando May oyó el zumbador del videófono.

Llena de ansiedad, corrió hacia el aparato y dio el contacto.

—¡Roy! ¡Me ha tenido todo el día con el alma en un hilo! —grito.

—Calma, preciosidad —rió él—. Ya le dije que tenía que trabajar.

—Y habrá conseguido algo, supongo.

—Sí, pero no puedo decírselo hasta las once de la noche.

—¿Y por qué a esa hora? —se asombró la chica.

—Porque no habré terminado el trabajo hasta entonces. Además, a la hora mencionada, deberá usted esperarme en la esquina de las calles Browser y Ciento Noventa y Nueve. Allí nos reuniremos, ¿ha comprendido?

May torció el gesto.

—Eso está en un barrio muy poco recomendable —se quejó.

—Lo siento, pero debe ser ahí y a esa hora. No puedo darle más datos, por el momento. Sea puntual, se lo ruego.

—Muy bien, lo haré como dice.

May corló el contacto y consultó mecánicamente la hora de su reloj de pulsera. La llamada de Coleman, pose a sus ambigüedades, había calmado bastante sus nervios, por lo que decidió tomar un bocadillo.

A las diez, y media, salió de la casa y buscó una cinta transportadora. Después de varios cambios de cinta, llegó al lugar indicado, apenas un minuto antes de la hora señalada.

Dieron las once. Los transeúntes eran escasos. Muchos de ellos miraban con curiosidad a la hermosa joven que aguardaba no lejos de un anticuado farol. May hacia caso omiso a las frases que se le dirigían.

Pasó media hora. May empezó a ponerse nerviosa otra vez.

Un hombre se le acercó y le dijo algo al oído. Ella le volvió la espalda, asqueada. «Cuando vea a Roy, le sacare los ojos, por haberme citado en este lugar», pensó, furiosa.

De repente, se le acercó un hombre de uniforme.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó el policía.

—Estoy esperando a un amigo... —contestó May, turbada.

—O buscando «clientela», ¿verdad? —El policía alzó un brazo—. Anda, mueve las patitas hacia ese coche de patrulla. En la comisaría te dirán algo que no te va a gustar.

—¡Pero es que yo no soy ..!

—¿Vas a negar lo que salta a la vista! —rugió el policía—. Camina o le llevaré a la fuerza.

El coche patrulla se detuvo. May, con los ojos llenos de lágrimas, se vio constreñida a obedecer la orden del agente.

—Otra pájara, ¿eh? —dijo el policía que manejaba el coche patrulla

—Las hay a bandadas —rió su compañero—. Vamos a presentársela al inspector de guardia y él decidirá.

—Sí, desde luego.

May entró en el coche, en aquel momento, odiaba a Coleman.

«Le sacaré los ojos, le…»

Roy Coleman estaba a una veintena de pasos de la esquina, detrás de un sujeto que contemplaba atentamente la escena. Pisando de puntillas, se acercó al individuo y le golpeó en la nuca con una pequeña matraca que ya llevaba dispuesta al efecto.

El hombre rodó por tierra sin conocimiento. Coleman silbó tenuemente.

—Mark, Lewis, ya podéis venir —llamó.

Con gran estupefacción de May, los dos policías abandonaron el coche y corrieron hacia la esquina. Ella observó pasmada que los agentes levantaban en vilo el cuerpo de un individuo, que le pareció bajo los efectos de una tremenda borrachera.

Saltó del coche, dispuesta a huir. Pero en el mismo instante, divisó a Roy Coleman.

—¡Roy! —exclamó.'

—Adentro —dijo el joven con aspereza—. Después que hemos conseguido lo más difícil, ¿quieres que te vean? Acaso hay más espías en las inmediaciones, ¿comprendes?

Aturdida, May vio cómo el borracho era lanzado al interior del coche de patrulla. Momentos después, el vehículo, con sus cinco ocupantes a bordo, se elevaba raudamente.

—Enciende la luz posterior, Mark —pidió Coleman.

—Si, Roy.

Una lamparita se encendió en el lecho. Coleman examinó al hombre desmayado.

—Vaya, vaya, quién se lo podía imaginar —exclamó, socarrón.

—¿Lo conoces? —preguntó May, enormemente sorprendida.

—Es, o dijo ser, que eso habrá que comprobarlo, Bernie Bloom, inspector de robots de la RU. Ah, por cierto, tienes que conocer a dos buenos amigos: Mark Norton y Lewis Palla. Chicos, os presento a May Haskell.

—Hola —dijo Norton, que era el piloto.

—¿Cómo está, señorita Haskell? —saludó Palla.

—Pasmada —respondió la muchacha—. Nunca pude imaginarme...

—Ha costado un poco —rió Coleman—. Tenía que procurarme los uniformes, pintar el gravimóvil...

—¡Pero no son policías!

—No, no lo somos —confirmó Palla.

—Me aterra pensar qué hubiera pasado si llega a intervenir una patrulla auténtica —dijo May.

—Estaba a tres manzanas de distancia, tratando de separar a dos borrachos irascibles. Se los habrán llevado a la comisaria, donde pasarán la noche; mañana por la mañana les pondrán una multa y luego los soltarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Busqué a cuatro amigos, de los cuales tienes a dos a tu lado — explicó Coleman—, Ellos mismos sortearon los puestos en la representación. A Mark y a Lewis les correspondió el papel de policías y a los otros dos, el de borrachos pendencieros.

—Y sabías que me seguirían...

—Por supuesto. Hay pruebas sobradas de ello, May —contestó el joven ahora más serio—. Pero si queremos seguir adelante en el plan, hemos de actuar con más astucia y, sobre todo, más imaginación que ellos. De todos modos, hablaremos sobre el particular en otro momento. Ahora lo que nos conviene es averiguar qué sabe si buen amigo Bernie.

May lanzó una mirada al espía.

—Sigue desmayado —dijo.

—Ya se despertará, no te preocupes. Y entonces, hablará.

—Suponiendo que no sea un robot...

—Bernie es de carne y hueso, corno tú y como yo, preciosa.

—Peor todavía. Se negará a contestar a tus preguntas.

—¡Qué gracioso! ¿Habéis oído, chicos? —se dirigió a los falsos policías.

—Me muero de risa —dijo Palla, muy serio.

—A mí me dan ganas de llorar —añadió Norton—. Siempre lloro

cuando tengo que torturar a una persona.

May lanzó un chillido.

—¡No! ¡No consentiré una cosa así! —exclamó.

Coleman le dio una suave palmada en el hombro.

—May, me parece que, pese a todo lo que has dicho y hecho hasta ahora, no pasas de ser una simple aficionada —dijo críticamente—. Y si quieres llegar de veras al fondo de este asunto, tendrás que olvidarte de tu estómago en más de una ocasión.

CAPÍTULO VII

El aeromóvil tomó tierra en un punto situado a decenas de kilómetros de la capital, en la ladera de una colina cubierta de frondoso arbolado. Aquí y allá, pero, en todos los casos, con notables separaciones, se veían algunas lucecitas que indicaron a May se hallaban en un lugar donde había algunas villas de recreo.

Norton llevó el gravimóvil hasta un cobertizo hecho con tejido hinchable. Coleman y Palla transportaron en brazos el inerte cuerpo del espía, quien ya empezaba a recobrar el conocimiento.

—La casa es de Mark —dijo Coleman, cuando Bloom hubo quedado sobre un diván—, Lewis, ¿quieres traer un poco de agua?

—Sí, desde luego.

Norton se asomó un instante.

—Podéis llevarlo al sótano —indicó—. Es más, silencioso…

—De acuerdo —sonrió el joven.

—Yo voy a ver si pinto el gravimóvil. En cuanto termine, me iré a ver a Luke Vandelaert. Regresaré lo antes posible.

May parpadeó de asombro.

—¿Vandelaert? —repitió—. ¿No será el millonario excéntrico propietario de...?

—El mismo, preciosa —confirmó Coleman con una sonrisa.

—Hay cosas que no acabo de entender. ¿De dónde has sacado estos amigos, Roy?

—De la Universidad, señorita —contestó Palla, que entraba en aquel momento, con una jarra en la mano—, nosotros componíamos el grupo de los Fieles. Y seguimos manteniendo la amistad, a través del tiempo y del espacio.

—Una frase inicua, pero que refleja exactamente nuestra relación —observó Coleman con jovial acento—, también Vandelaert pertenecía al grupo y, aunque no nos hemos visto últimamente con demasiada frecuencia, creemos que no se negará a ayudarnos.

El agua cayó sobre el rostro de Bloom, quien no acababa de recobrar el conocimiento por completo. Bloom lanzó un chillido, manoteó frenéticamente, tosió y, al fin, acabó por sentarse en el diván.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Lo siento, pero no podernos contestarte —dijo Coleman—. Digamos que te hayas en un lugar... incógnito, al que, por supuesto, no pensabas venir esta noche, verdad?

Bloom recorrió con la vista los rostros de las tres personas que tenía frente a sí.

—Sé lo que pretenden, pero no hablaré —manifestó a la vez que cruzaba los brazos con gesto lleno de resolución.

Coleman se volvió hacia Palla.

—¿Has oído, Lewis?

—Sí, pero el remedio está en el sótano —contestó el interpelado.

Palla vestía todavía el uniforme policial. De pronto, sacó su pistola.

—Ponte en pie, Bernie.

Bloom obedeció. Había miedo en sus ojos.

—Y las manos tras la nuca —añadió Coleman. Se volvió hacia la muchacha—. Si tienes el estómago delicado, quédate aquí, May.

—No. Iré con vosotros. También a mí me interesa escuchar lo que tiene que decir este tipo.

—Van a torturarme —dijo Bloom, aprensivamente.

—Tenemos ya el brasero encendido para tus pies, una navaja de afeitar y pinzas para sacarte la piel a tiras. Pero me parece que la sangre es muy escandalosa y que la carne quemada huele muy mal. Así que es muy probable que empecemos por el extracto sólido de agua de mar.

—Más una cadena y una jarra de agua —agregó Palla muy serio —. Vamos, camina, Bernie.

Momentos después, se hallaban en el sótano, una pieza destinada a guardar, además de las botellas de vino, la leña para la chimenea y algunos trastos viejos. Había una cadena sujeta a una anilla cuyo vástago de sujeción se hallaba firmemente encastrado en la pared. Bloom tuvo que resignarse a ser encadenado. Podía moverse en un semicírculo de tres metros de radio pero eso era todo lo que le permitía su situación.

—Insisto en que no hablaré —dijo.

—No hay prisa —sonrió el joven—. Nadie sabe dónde estás, de modo que... Ah, ya viene el extracto sólido de agua de mar.

Palla llegaba en aquel momento con un gran tazón lleno de una substancia cristalina, de color blanco. Además, traía una cuchara sopera.

—¡Es sal! —exclamó la chica, asombradísima.

—¡Claro! —rió Coleman—. Por eso dije que era extracto sólido de agua de mar. También hay sales de magnesio y alguna otra sustancia, pero, en fin, el cloruro de sodio, o sal común, es lo que más abunda en el mar aparte del agua, claro. Lewis, dale el tazón a esta preciosa muchacha.

May lo tomó aprensivamente. Bloom estaba muy callado.

De pronto, Coleman se acercó al prisionero, con una cuchara llena de sal.

— Bernie, vas a tomarte unas cuantas cucharadas de sal. Luego, dejaremos aquí una jarra llena de agua. Antes de dos horas, rabiarás de sed, te lo aseguro. Pero si piensas que vamos a darte una sola gota

de líquido antes de que hayas hablado, estás muy equivocado.

Los labios de Bloom se contrajeron. De pronto, Palla, que era fuerte y musculoso, se arrojó sobre él y, a vez que le sujetaba con el brazo izquierdo, agarró su nariz con dos dedos.

Un minuto más tarde, Bloom abrió la boca para tomar aire. Coleman aprovechó la ocasión y le arrojó el contenido de la cuchara.

—Más sal, May.

Tres minutos después, Bloom había ingerido otras tantas cucharadas de sal. Cuando Palla le soltó, hizo unos cuantos visajes, tosió, escupió y maldijo obscenamente, sin que los otros le hicieran el menor caso. Palla subió a la planta superior y volvió a poco una jarra de cristal llena de agua. La jarra quedó en el suelo, a la distancia suficiente para que el prisionero pudiera rozarla con sus dedos, estirándose cuanto podía, pero sin posibilidad alguna de agarrarla por el asa.

—Bernie, nos vamos arriba a tomar un poco de café —elijo Coleman—. Grita cuando estés decidido a beber.

Bloom contestó con un juramento. Coleman agarró la muchacha por un brazo y la empujó hacia la escalera.

Me horroriza la taita de templanza de algunas personas —dijo virtuosamente.

* * *

Una hora más tarde, Bloom lanzó un alarido.

—Vengan, quiero hablar...

Coleman, May y Palla bajaron sin prisas al sótano. Bloom contemplaba el agua con ojos extraviados.

—Por favor, un traguito... —pidió roncamente.

—Habla —exigió el joven.

—Se llama Katy Mortensen y su número de videófono es el FI-407791 —dijo el prisionero.

—¡Katy Mortensen! —exclamó la muchacha.

—Parece como si la conocieras —observó Coleman.

—Claro, es la directora del departamento de publicidad de la RU. Muy guapa, por cierto, aunque ya madura.

—De modo que Katy Mortensen... ¿Cuáles son las ordenes que te dio, Bernie?

—Vigilarles a ustedes, es todo lo que sé. ¡Lo juro! —contestó Bloom dramáticamente.

—¿Qué puede decirnos de los robots AH?

—Lo que ya sabe. Fui a verle por orden de la señora Mortensen…, pero ella no me dio más detalles. Luego me encomendó que no les perdiera de vista.

—Pero también te ordenó cambiar el robot que yo tenía.

—Sí.

—Bernie, ¿dónde fabrican los robots AH?

—No lo sé... Por favor, denme un poco de agua...

Coleman frunció el ceño. Reflexionó unos segundo luego dijo:

—Sospecho que tendré que hacer una visita a la bella Katy Mortensen.

—Puedes correr riesgos... —advirtió May.

—Nena, los estoy corriendo desde el día en que se te ocurrió regalarme un robot —contestó él—. Anda, Lewis dale a este pájaro un trago de agua.

Bloom agarró la jarra con ambas manos y bebió ansiosamente. Luego, desmoralizado, se sentó en el suelo.

—¿Qué van a hacer ahora conmigo? —preguntó, cas llorando.

—Por el momento, te vas a quedar aquí —decidió el joven—. Lewis, tú cuidarás de él, y también de May por supuesto.

—Ve tranquilo, Roy —contestó Palla.

Coleman miró a la muchacha.

—No sé cuánto tardaré, pero no temas —dijo.

Y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, recordó algo.

—¡Bernie! —llamó.

El prisionero alzó la cabeza.

—Diga —murmuró desmadejadamente.

—¿Has oído hablar alguna vez de Central 0042?

—No sé qué es eso... Es la primera vez que lo oiga

—Sí, me lo imagino. Debe de ser un secreto compartido por muy pocos, entre ellos, supongo, por Katy Mortensen.

Coleman se dirigió hacia la salida, satisfecho de lo que había obtenido. Por prudencia, no quiso menciona que, algunos años antes, él y Katy Mortensen, más joven de lo que había dicho May, habían sostenido un apasionado romance, que terminó el día en que Coleman se enteró de que no era el único en disfrutar de los favores de la bella y ardiente directora de publicidad de Robots United.

* * *

La mujer, alta, esbelta, de majestuosas formas y abundante cabellera negra, salió del cuarto de baño, cubierta solamente con una bata muy corta, y se sentó frente al espejo de su tocador, con un cepillo para el pelo en la mano. Pero no tuvo tiempo de hacer un solo movimiento.

Katy Mortensen contempló en silencio la figura que veía a través del cristal azogado.

—¿Eres tú o tu fantasma? —preguntó.

Coleman se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. Luego se inclinó, para rozar su blanco cuello con los labios.

—¿Hacen esto los fantasmas? —sonrió.

Ella elevó una mano y atrajo más todavía a su inesperado visitante.

—Es la mejor sorpresa que podía haber recibido... —dijo con cálido acento—. Pero ¿a qué es debido...?

—Tenía ganas de verte, eso es todo.

—¿De veras?

—También quería hablar un poco contigo.

—¿Crees que necesitarás hablar, Roy?

Katy volvió la cabeza y los labios de la pareja se fundieron en un beso. Coleman, sin embargo, procuró mantenerse frío y se separó muy pronto.

—El tiempo no pasa para ti, Katy —dijo.

Ella se puso en pie y dio media vuelta, con la sonrisa en los labios. El cordón de la bata se aflojó un tanto, lo que motivó que la prenda se abriese hasta la cintura, pero ella no hizo caso del detalle.

—¿Todavía me encuentras hermosa? —preguntó.

—Si no fuese así, no estaría aquí —rió él.

De pronto, Katy dejó de sonreír.

—Roy, tengo dos robots guardianes —dijo—. En casa no entra nadie sin permiso..., pero tú estás aquí. ¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, les di a cada uno diez centésimos para aceite y se han marchado la mar de contentos...

—No bromees, Roy; los robots están especialmente instruidos...

—¿Son de la clase AH?

Ella frunció el ceño.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—Un tal Bernie Bloom. Vino a inspeccionar mi robot hará unas cuantas semanas. Dijo que os habían robado seis robots, que cinco habían sido recuperados, pero que uno no había aparecido. Con gran asombro por su parte, comprobó que mi robot está fabricado por la G.M. & C.

—Entonces, no has venido a verme sólo... por estar a mi lado.

—Bueno, todo se puede compaginar. Pero es que, la verdad, me pica la curiosidad por saber qué es eso de los robots AH.

—Lo siento, no puedo decir nada al respecto —contestó Katy secamente.

—Vaya, tú un alto ejecutivo de...

—Sólo me encargo de la publicidad. Roy, ¿por qué no vamos al salón y tomamos una copa?

Coleman se echó a un lado.

—Junto a ti, el peor vino me parecerá néctar de dioses —dijo.

Katy le miró suspicazmente, pero sonrió. Con paso insinuante, caminó delante de su inesperado visitante y llegó al salón, lugar harto conocido por Coleman.

—Y bien —dijo ella, después de entregarle una copa—. ¿Por qué no empiezas de una vez?

Coleman contempló al trasluz el contenido de la copa. Luego, sin probar el líquido, la dejó a un lado.

—Katy, ¿dónde está la factoría en que se construyen los robots prohibidos? —inquirió.

CAPÍTULO VIII

La mujer sonreía.

—¿Quién te ha contado esta fantástica historia? —dijo—. Todos nuestros robots están dentro de la ley...

—Excepto los del tipo AH, con los circuitos alterados, a fin de imbuir en ellos sentimientos específicamente humanos, como son el amor y..., y el odio, y sin la prohibición de causar daños morales o físicos a las personas, como tienen los demás robots.

—Tienes una imaginación calenturienta —rió ella—. ¿De dónde has sacado esa fantástica historia?

—De la destrucción de dos laboratorios de cibernética, entre otras cosas, por ejemplo, los informes que sobre una tal May Haskell tenía que darle Bernie Bloom y del que no tienes aún la menor noticia.

Katy se puso rígida.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho el propio Bernie.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué, Katy?

—Bernie es... de absoluta confianza.

—Ha hablado —dijo Coleman.

—No te creo.

—Le sorprendí personalmente y lo llevamos a un lugar que no te indicaré. Sí, es cierto que no quiso hablar en un principio, pero se rindió, después de haberse tomado tres cucharadas de sal de cocina. Antes de una hora ya no podía soportar la sed.

—Eres muy astuto, Roy. Pero poco inteligente.

—A ver, explica esa paradoja —sonrió él—. Los astutos, por regla general, suelen ser inteligentes.

—El zorro es astuto, pero no tiene la inteligencia humana. No quieras dártelas de zorro.

—Katy, sospecho que quieres hacerme una proposición interesante.

—Sí —contestó ella, con el pecho violentamente agitado por su alterada respiración—. Únete a nosotros y lo tendrás todo.

—¿Todo?

Ella se le acercó, incitante, turbadora.

—Incluso a mí —dijo.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál, cariño?

—¿Dónde está la central 0042?

Katy se retiró un paso.

—¿Dónde has oído eso? —gritó.

—Lo encontré en el hilo de grabación de un circuito radical, pero no tuve tiempo de descifrar la clave de esa grabación. Por dos veces, fueron destruidos mis equipos y, en la segunda de ellas, lo hizo un robot AH.

—¿Cómo sabes que era un AH?

—Un robot normal no puede causar el menor daño a los humanos o a sus cosas, enseres y propiedades, ni aunque se lo ordene otro humano y la orden esté basada en una causa justa. Ni aun los jueces pueden emitir sentencias por las cuales los robots deban hacer algo que origine el menor daño a una persona.

Los ojos de la hermosa Katy Mortensen centelleaban de ira.

—Roy, me temo que has montado el caballo que va a perder la carrera... y algo más —dijo.

—¿De veras?

-Sí.

De pronto, Coleman sacó del bolsillo una cajita de forma oblonga, negra, provista de una antena que se desplegó con la simple presión de un botón.

La antena quedó dirigida al pecho de Katy.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó.

—Dímelo, por favor —pidió ella, displicente.

—Es un interferidor de ondas. Sirve para los robots..., ¡y también para las personas, cuando se utiliza la frecuencia apropiada!

La mujer quedó rígida en el acto.

—Ahora estás en mi poder —añadió Coleman—. Yo te haré presuntas y tú contestarás, sin que puedas oponerte a ello. ¿Lo has entendido?

-Sí.

—Bien, dime. ¿Qué es y dónde está Central 0042?

Repentinamente, se oyó un tremendo estrépito de vidrios rotos.

Coleman volvió la cabeza y maldijo entre dientes. Se había olvidado de los dos robots guardaespaldas de Katy.

Las máquinas con figura humana irrumpieron con violencia en el salón. Coleman comprendió que no tenía otro remedio que emprender la huida.

Por fortuna, un robot no se movía nunca tan prácticamente como un ser humano. Podía tener una fuerza muy superior, pero carecía de la agilidad propia de las personas.

Coleman ganó fácilmente la puerta. De pronto, oyó un horripilante alarido.

Volvió la cabeza. Los dos robots habían caído sobre Katy, a la que golpeaban sañudamente. El hermoso rostro de la mujer era ya una máscara irreconocible, cubierta de sangre.

Katy rodó por tierra. Un pie mecánico aplastó su tórax, con

horripilante crujido de huesos.

Coleman se acordó entonces del interferidor y varió su frecuencia, pero ya era tarde.

* * *

—Sospecho que no soy buen diplomático —dijo Coleman, horas más tarde, mientras aceptaba la taza de café que le tendía May.

—Hiciste todo lo que estaba en tu mano —contestó Palla.

—No sé... El interferidor es bueno, pero sólo opera en una dirección. Quiero decir que si actúa en un robot, no puede actuar simultáneamente sobre una persona. Esto es algo que yo olvidé... y por ello murió Katy.

—¿Te han seguido? —preguntó May.

—No. Salí de estampida, en cuanto vi que ya no se podía hacer nada por aquella pobre mujer.

—No debes reprocharte nada —dijo ella—. En todo caso, ella tenía mucha más culpa que tú. Forma parte de esa organización y su muerte no es sino consecuencia de sus actos ilegales.

—Tal vez, pero sigo opinando que debía haber actuado de otra forma —insistió el joven.

—¿Cómo, Roy? —preguntó la chica.

Coleman cambió una mirada de inteligencia con Palla. Este, a su vez, sonrió comprensivamente.

—¿No lo intentaste? —dijo a media voz.

—¿Qué es lo que debía intentar? —se picó May.

—Katy era una mujer muy hermosa. Y ardiente, según creo.

—¿Quién te lo ha dicho, Lewis?

Palla sonrió socarronamente.

—Pregúntale a Roy —contestó.

—Esto no tiene nada que ver con el tema —rezongó el aludido —. Yo no soy diplomático, ya lo he dicho, y me pareció mejor que podría intentarlo por la vía directa. Es cierto que olvidé que el interferidor dejaba libres a los robots, pero tampoco podía suponer que se despertarían en ellos ciertos sentimientos agresivos.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo Palla, ahora más serio.

—Suéltalo, Lewis.

—Está bien. Creo que, aparte de que llegará el día en que los robots AH serán destruidos, yo no compraría uno de esos artefactos por todo el oro del mundo. A juzgar por lo que has contado, Katy tenía dos robots como vigilantes o guardaespaldas de su casa y tú los paralizaste con el interferidor. Pero, en algún circuito, hay grabadas ciertas instrucciones sobre atacar y matar a la persona que los posee, si ésta puede poner en peligro la organización. ¿Comprendes lo que

quiero decir?

—Sí, es cierto. Tiene que ser así o, de lo contrario, la conducta de esos robots resultaría inexplicable.

—Bueno, pero ahora podemos averiguarlo fácilmente —intervino la chica—. En medio de todo, Roy, tuviste la serenidad suficiente para traerte uno de esos robots. Puedes empezar a examinarlo.

—Sí, pero no aquí...

—Entonces, ¿dónde?

—Es preciso aguardar que vuelva Mark y nos diga cuál es la respuesta de Luke Vandelaert. Si es afirmativa, como espero, entonces podremos examinar los circuitos de ese robot con absoluta seguridad.

—¿Y el prisionero?

Coleman se acordó entonces de Bloom.

—No tenemos otro remedio que dejarlo aquí encerrado, hasta el momento en que nos vayamos a marchar —contestó—. Dejarlo ir ahora, sería peligroso, puesto que luego buscarían el escondite.

—Eso está muy puesto en razón —convino Palla.

—Quizá están buscando a Bernie —apuntó May.

—Es muy probable, pero no lo han encontrado todavía y les costará mucho, si es que lo consiguen. De momento, debe seguir encadenado. No me gusta, pero tampoco tenemos otra solución para este problema.

—Bueno, le llevaré mantas y comida —dijo Palla—. Pasará unos días incómodo, pero salvará el pellejo, que es lo importante.

Coleman echó una mirada a su reloj.

—Creo que es hora de que descanse un poco —manifestó—. Lewis, si viene Mark, avísame inmediatamente.

—Descuida.

* * *

Abajo, en el sótano, Bernie Bloom maldecía amargamente de su suerte y de la idea que había tenido de aceptar las propuestas de Katy Mortensen. Había comido y bebido en abundancia, ciertamente, y ya no tenía sed, pero su situación, encadenado al muro, no tenía nada de cómoda, pese a las mantas que le habían proporcionado.

Tiró de la cadena una y otra vez. La argolla resistió. Los eslabones de la cadena, por otra parte, eran demasiado fuertes para ser rotos con las manos desnudas.

De pronto, se fijó en el robot que pocas horas antes había traído Roy Coleman. El artefacto con figura humana estaba en pie, parado a unos metros de distancia, con la absoluta inmovilidad de una estatua.

Bloom se dijo que debía intentar la prueba.

—Sí, ¿por qué no hacerlo? —murmuró animándose con sus propias palabras.

—Eh, tú, ven a ayudarme —dijo, a la vez que se ponía en pie, pues había estado sentado hasta entonces.

El robot continuó inmóvil.

—Te he dado una orden —exclamó Bloom—. Obedécela. Soy un humano y tú un robot. Tu obligación es obedecerme.

Pasaron algunos segundos El robot no daba señales de abandonar su posición estática.

— Pero ¿es que no me has oído? ¡Vamos, le digo que vengas! ¡Acércate, yo te lo mando! —dijo el prisionero, descompuesto.

De repente, las pupilas artificiales del robot emitieron un ligero brillo. Bloom lo advirtió y sonrió.

—Ya sabía que acabarías obedeciéndome —dijo—. Mira, necesito que arranques esta cadena de la pared. ¿Has entendido?

El robot dio un paso hacia adelante. Luego otro, y otro...

* * *

May estaba preparando el desayuno, ya que hacía un par de horas que había amanecido, cuando, de pronto, oyó un aterrador grito que traspasaba las paredes y subía desde el sótano a la planta baja de la casa.

El grito era horripilante. May sintió miedo. Palla entró corriendo en la cocina.

—Algo pasa en el sótano —dijo— Voy a ver...

—¡Espera, llama antes a Roy! —sugirió ella. El grito volvió a repetirse. Luego, bruscamente, se cortó.

Palla y la chica corrieron a la sala. En el mismo instante, apareció Coleman.

—He oído un grito —dijo.

—Ha sido en el sótano —indicó ella.

—Pasa algo horrible, Roy —dijo Palla.

De pronto, se oyó un tremendo golpe en la puerta del sótano. La madera crujió siniestramente.

May lanzó un chillido de terror.

—Roy, ¿qué diablos le ha ocurrido al robot? —exclamó Palla, vivamente alarmado.

El golpe se repitió. Parte de un panel saltó en astillas. Una mano mecánica, pero con toda la apariencia la de una persona, apareció a través del hueco. Los ojos de Coleman fueron hacia el interferidor, que estaba sobre la mesa. De repente, creyó comprender lo sucedido.

—¡La pila! ¡Se ha agotado! —exclamó. El robot asestó un nuevo golpe. El hueco se ensanchó.

—¡Fuera, al jardín todos! —ordenó Coleman—. Voy ver si

consigo poner una pila nueva. Palla y May no se hicieron de rogar y desaparecieron a la carrera. Como el joven, sabían que podían escapar de un robot, siempre que éste no los apresara con sus brazos.

Frenéticamente, Coleman buscó en su equipo. De repente, la puerta, totalmente destrozada, dejó paso al robot.

El robot apareció en la puerta. Sus pupilas artificiales emitían un brillo insano.

De pronto, Palla se hizo visible al otro lado, con era escopeta de caza.

—¡No dispares! —gritó Coleman—. ¡Se producirá un cortocircuito y los hilos se fundirán!

La tapa de la caja del interferidor chasqueó. Coleman presionó el botón de contacto, justo cuando robot alzaba su puño derecho sobre su cabeza.

El brazo de la máquina quedó en alto, completamente inmóvil. May, que se había unido a Palla, exhaló un suspiro de alivio.

—Roy, ¿cómo se pudo agotar la pila? —preguntó

—Soy un despistado —reconoció el joven amargamente—. El interferidor consume demasiada energía y yo me sentía anoche muy cansado. Por eso no hice lo que debía... y que voy a hacer ahora mismo.

Buscó un destornillador. Acercándose al robot, quito la tapa anterior y dejó al descubierto los mecanismos Luego fueron suficientes dos golpes de destornillador

—Ya he desconectado su pila motriz —anunció—. Ahora ya no movería un solo dedo, cualesquiera que sean las órdenes grabadas en sus circuitos.

El robot, en efecto, permanecía absolutamente inmóvil. Coleman desconectó el interferidor, que ya no era necesario. Luego, de pronto, recordó algo.

—Voy a ver qué ha pasado en el sótano —dijo Momentos después, regresaba, pálido y desencajado

—Es horrible —murmuró escuetamente. Y tanto May como Palla se imaginaron de sobra la espantosa suerte que había corrido Bernie Bloom.

CAPÍTULO XI

—Instintos agresivos, sentimientos hostiles —dijo Cocinan, después de concluir la poco agradable tarea de dar tierra a los destrozados restos de Bloom—. No hay otra explicación posible.

Coleman y su amigo regresaron a la casa. May ya tenía preparado café en abundancia, al que añadió, en las tazas respectivas, algunas gotas de brandy.

--Pero, aun así, ¿por qué hubo de atacar a Bloom? —preguntó ella, después de tomar unos sorbos de café.

—No lo sé a ciencia cierta. Mientras no haya examinado a fondo sus circuitos, empezando por el radical, no podré dar una respuesta definitiva. Opino, sin embargo, que los robots AH tienen determinadas instrucciones grabadas en sus circuitos. Es más, incluso creo que conocen, por decirlo de alguna manera, un cierto número de nombres, a los cuales deben obedecer, mientras no pongan en peligro la organización. El robot identificó a Bloom y, como había hecho en el caso de Katy Mortensen, analizó críticamente la situación en que se hallaban ambos humanos. Supo que era una situación comprometedora y actuó de acuerdo con las órdenes recibidas.

May entornó los ojos.

—Estoy de acuerdo contigo, Roy —declaró—. Pero todo lo que has dicho, lleva a una conclusión.

—Habla, por favor.

—Ni Katy ni Bloom sabían lo que les iba a pasar. Sí sabían que se trataba de unos robots clase AH y que, por supuesto, obedecían sus órdenes, mientras éstas no estuviesen en contradicción con otras que podríamos llamar de rango superior. Y asimismo tienen grabadas en sus circuitos las instrucciones de eliminar a sus dueños, si éstos se ven en situación comprometida, como tú mismo has dicho. Pero lo peor de todo es que los humanos que están en la organización, lo ignoran.

—Justo premio a su traición a toda la raza humana —dijo Palla.

—Es cierto, aunque no podremos hacer nada, en tanto no regrese Mark —dijo Coleman.

Una voz alegre sonó de pronto en la puerta de sala.

—¿Alguien ha mencionado mi nombre?

Coleman se volvió en el acto.

—¡Mark!

Norton avanzó con la sonrisa en los labios.

—Asunto solucionado —dijo—, Luke no sólo nos cede el Flying Palace, sino que, incluso, vendrá con nosotros.

—¡El Palacio Volador! —tradujo May—. He oído hablar, pero no...

—Muchacha, en esta época de viajes a las estrellas; en aparatos

más rápidos que la luz; cuando en la Tierra viajamos por medio de gravimóviles, no falta quienes prefieren moverse a la antigua, es decir, como hace trescientos años —contestó Coleman—. Pero, precisamente por lo mismo, el Flying Palace es el lugar más adecuado para que yo pueda concluir mis análisis.

—Bien, ¿y cuándo será eso? —preguntó May.

Coleman se puso en pie.

—En cuanto haya reunido los materiales e instrumentos que necesito —respondió—, Mark, ¿sigue el Flying Palace en su misma base?

—Sí —contestó Norton—. Luke ha dicho que lo tendrá listo en el momento que tú digas.

—Bien, en tal caso, os avisaré cuándo debéis ir a la base de Vandelaeart —se despidió Coleman.

* * *

Con ojos llenos de pasmo, May contempló el giganteo aparato que aparecía posado sobre la pista de aterrizaje y que le pareció el producto de un sueño delirante, de un megalómano, más que una máquina destinada a moverse lejos del suelo. Claro que, pensó, los aviones de trescientos años antes, tenían aproximadamente aquella misma forma.

El Flying Palace, sin embargo, era mucho mayor que el mayor de los aviones construidos antes de que se fabricasen los primeros gravimóviles. May calculó que debía medir ciento cuarenta metros de largo y que sus ejes transversales, el vertical y el horizontal, median veinte metros el primero y casi quince el segundo.

Las alas eran asimismo gigantescas y en ellas estaban montadas las dos barquillas de los motores eléctricos que propulsaban el aparato. El Flying Palace, mientras estaba posado en el suelo, descansaba sobre un cuádruple tren de doce ruedas dobles cada uno. Los cuatro grupos del tren de aterrizaje quedaban escondidos en las guardacámaras correspondientes cuando el aparato había alzado vuelo.

Un hombre salió a su encuentro, apenas descendieron del gravimóvil que les había llevado hasta el aeropuerto, situado en una finca particular. Era un tipo alto, simpático, de rostro tostado por el sol y ademanes desenvueltos.

—Bienvenidos, amigos... —saludó jovialmente—. De modo que esta preciosidad es la chica de que me ha hablado el bueno de Roy —añadió, a la vez que estrechaba la mano a May.

—Usted es...

—Luke Vandelaert, amigo de Roy y de estos dos rajaros que se

ven por aquí, a su lado, y amigo de usted, a partir de este momento. Pero mejor será que subamos a bordo. Roy tiene ya todos sus aparatos en el Laboratorio que hemos instalado y está ansioso por empezar su trabajo.

—Ve con Luke, May —dijo Palla—. Mark y yo nos encargaremos de subir el robot a bordo.

Luke guió a la chica. Por medio de una escalera mecánica, subieron al avión. May se quedó pasmada al observar las dimensiones enormes del interior del Flying Palace. En el vestíbulo cabría una casita de campo pensó.

Coleman asomó por la ventanilla del primer piso situada a tres metros.

—Acomódala, Luke —dijo—. May, tengo trabajo; ya me dispensarás.

—No te preocupes —contestó ella.

Norton y Palla entraron con el robot a cuestas. Junto a la escotilla de entrada, había un micrófono. Vandelaert lo descolgó y dijo:

—Jefe a piloto. Todas a bordo. Pueden despegar; cuando guste.

—Enterado. Procedo a cerrar la escotilla.

Vandelaert dejó el micrófono en su sitio y luego tomó el brazo de la muchacha.

—Voy a enseñarle su cámara —dijo—. No se preocupe si siente moverse el avión; en realidad, despega con gran suavidad, y ni siquiera es preciso ponerse los cinturones de seguridad, salvo en condiciones muy especiales. Usted podría ponerse a comer en el momento del despegue, sin temor a que se derramase su copa de vino o la sopa de su plato.

May sonrió.

—Es un aparato maravilloso —elogió—. Luego me lo enseñará usted.

—Será un placer —accedió Vandelaert galantemente

—Sobre todo, en esta ocasión —dijo Palla, riendo.

—Sí, ahora no viaja a bordo otra mujer que tú... —añadió Norton, maliciosamente.

—Son unos difamadores. May, no les haga caso —exclamó el dueño de aquella maravilla voladora—. Venga conmigo, se lo ruego.

Una escalera mecánica se puso en movimiento. May, guiada por Vandelaert, subió al segundo piso. Desde la puerta, contempló la cámara que le había sido asignada.

—Tiene baño independiente, como todas —dijo Vandelaert—. Junto a la cabecera de la cama, verá usted algunos timbres. Si necesita algo del servicio, use el adecuado.

May se volvió hacia el propietario del avión.

—¿Tiene criados? —preguntó.

—Mecánicos, desde luego. Toda la tripulación son robots, desde el piloto al último camarero. Es lo mejor créame...

May se alarmó.

—¡Robots! —exclamó.

—Sí, pero no tema; Roy los ha revisado ya y no hay en ellos ninguno de la clase AH.

—Siendo así, estaré más tranquila —sonrió ella.

—A bordo del Flying Palace, créame, habrá a partir de ahora una seguridad absoluta —declaró Vandelaert con acento lleno de convicción.

* * *

May recorrió más tarde el interior del avión, en compañía de su dueño, Vandelaert, galante pero cortés, le enseñó todo, explicando al mismo tiempo las peculiaridades del aparato.

—Debo admitir que tengo cierta mala fama de conquistador y voluble —manifestó el joven—; pero también es cierto que poseo otros gustos, entre ellos, el de estar a solas durante algún tiempo, aunque no en el mismo sitio. Por eso hice que me construyeran el avión, según mis especificaciones.

—Un auténtico palacio volador —calificó ella. —Sí. Ciertamente, la velocidad a que volamos en estos momentos no es demasiado elevada, apenas pasamos de los doscientos kilómetros a la hora, pero ello nos permite disfrutar del paisaje con toda comodidad El avión se mueve por energía radiante, lo cual significa que dispone de una autonomía ilimitada. Podríamos mantenernos en vuelo días y días, siempre que queden existencias de agua y comida.

—Eso es maravilloso —dijo May—. La verdad, me justaría tener un avión como el suyo, Luke. Pero, dígame, ¿cómo se le ocurrió construirlo?

—Bueno, no es que yo no sea partidario del progreso, lo que sucede es que no soy partidario de las prisas. Por otra parte, debo admitirlo, poseo una enorme fortuna, de lo contrario, no estaríamos ahora en el avión. Pero también, en ocasiones, me retiro a volar durante días y días y no gratamente acompañado, como han insinuado dos tipos que ahora están con nosotros. También trabajo, no crea.

—¿De veras?

—Soy el asesor de algunas de las empresas de mi padre. En ocasiones, necesito estudiar bien un asunto y entonces me voy a dar una vuelta por el mundo con el Flying Palace. Trabajo, descanso... y me divierto contemplando paisajes terrestres que son siempre nuevos y, para mí, más bellos que los de cualquier otro planeta.

—Lo cual significa que es usted admirador de Tierra —sonrió la muchacha.

—Casi diría fanático —rió Vandelaert—. Por otra parte, en mis viajes no sigo jamás un rumbo fijo. El radar nos avisa con tiempo de posibles tormentas, de modo que los pilotos buscan siempre zonas atmosféricas tranquilas. Si es necesario, podemos elevarnos treinta o cuarenta mil metros, con el suplemento de, un par de motores antigravedad, aunque lo normal es volar a unos quinientos o mil metros del suelo. Pero, venga, por favor, todavía tiene que ver lo mejor.

Los pasillos de aquel palacio volador eran amplios y el suelo estaba cubierto de espesas alfombras. Había también gran número de amplios ventanales, de modo que desde cualquier punto podía contemplarse un panorama excepcional. El vuelo, por otra parte, a moderada velocidad señalada por Vandelaert, era de una placidez absoluta; ni siquiera era preciso usar los pasamanos para moverse por el interior del aparato, tan quieto en apariencia como si se tratase de un edificio construido sobre el suelo.

De pronto, May, acompañada de su anfitrión, llegó a una gran sala encristalada. Norton y Dallas estaban sentados en un amplísimo diván de forma semicircular y se levantaron en el acto al ver entrar a la pareja.

—Voy a preparar unas copas —dijo Norton, acercándose a la barra que había en uno de los costados de aquel enorme observatorio.

May sintió que su admiración llegaba a límites increíbles. Ahora estaban en la proa, de forma redondeadas, con una punta apenas perceptible, de tal modo que resultaba prácticamente una semiesfera totalmente transparente, de más de diez metros de diámetro. En la parte más adelantada, estaba el diván, pero había también algunos butacones muy cómodos, aparte de los taburetes situados junto al mar.

—Fantástico —dijo, acercándose a la vidriera. El suelo se deslizaba a sus pies, a unos setecientos metros de distancia. May creía hallarse en un vehículo que se moviese sobre raíles invisibles.

—Luke, ahora comprendo por qué a veces le gusta viajar en este avión —dijo a la vez que se volvía hacia su dueño.

Vandelaert sonrió.

—Tengo fama de play-boy, no inmerecida del todo, debo confesarlo; pero, en ocasiones, una semana o dos bordo del Flying Palace, me proporcionan un descanso y una relajación absolutas. Y en estos momentos, además, también tenemos seguridad total.

—Cierto —convino Norton, a la vez que se acercaba a la pareja con sendas copas en las manos—. En estos momentos, nadie en absoluto sospecha ni remotamente dónde nos encontramos.

May tomó un sorbo, muy pensativa.

—Confío en que Roy llegue a encontrar la solución para este gravísimo problema —dijo.

—Si es por tiempo, disponemos de todo el que sea preciso —contestó Vandelaert—. En las circunstancias actuales, podríamos estar un mes seguido en el aire, antes de sentir la necesidad de repostar víveres y agua.

—¿Y combustible?

Vandelaert señaló hacia arriba.

—El sol provee de energía suficiente —manifestó—. Su energía llega hasta las pantallas captadoras, incluso a través de los más espesos bancos de nubes, las baterías, por otra parte, almacenan la energía suficiente para volar durante la noche, sin necesidad de temer en una pérdida de potencia que pudiera resultar peligrosa.— Admirable —dijo ella—. Luke, si todo esto salí como deseamos, tendremos mucho que agradecerle.

—Ese agradecimiento lo traspasaré a Roy de muy buena gana —sonrió el dueño del avión—. Si él no lo consigue, no lo conseguirá nadie.

—Así lo espero yo —suspiró May.

—Has elegido al hombre adecuado. En todos los sentidos —dijo Palla, desde el diván de la proa.

May enrojeció profundamente.

—Y a mí no me apena en absoluto que Roy me haya tomado la delantera —agregó Vandelaert, jovialmente

CAPÍTULO X

Durante los cuatro días siguientes, el Flying Palace, siguiendo el rumbo de mejores condiciones atmosféricas., recorrió, a una media de doscientos cincuenta kilómetros a la hora, un total de veinticuatro mil kilómetros. May empezaba ya a impacientarse, porque en todo aquel tiempo, apenas si había visto a Coleman un par de veces, a las horas de las comidas, que en su mayor parte realizaba en el propio laboratorio.

El Flying Palace continuaba su vuelo majestuoso. Atravesó el Atlántico por la noche y cruzó Brasil oblicuamente, hacia el Sudoeste. Al día siguiente, los pilotos mecánicos hicieron que el aparato se elevase lo suficiente para una cómoda travesía de los Andes.

Entonces fue cuando, casi inesperadamente, Coleman, pálido, demacrado, con los ojos hundidos y a la vez febriles, anunció que había terminado su labor investigadora.

—Conozco tres puntos básicos; la frase desencadenante del ataque, la que lo puede paralizar en un momento dado y la ubicación de la factoría secreta. En cambio, lo que no he podido averiguar ha sido la frecuencia en que se deben emitir esos dos tipos de orden.

—Que pueden resumirse en dos palabras: adelante y alto —opinó Vandelaert.

—Exactamente.

—Y bien, ¿dónde está esa fábrica secreta? —preguntó May.

Coleman se volvió hacia su amigo.

—¿Qué rumbo llevamos ahora? —preguntó.

—Sudoeste, aproximadamente 205° —contestó el interpelado—, Pero aguarda, ahora mismo voy a ver nuestra posición exacta y el rumbo que seguimos.

Estaban en el gran salón de la proa, la parte posterior del cual, lógicamente, quedaba ya «dentro» del enorme fuselaje. Vandelaert se acercó a un panel, presionó una tecla, y en el acto, se iluminó una gran pantalla, que no era sino una reproducción del mapa terrestre, con todos sus mares y continentes vistos con la mayor exactitud y, además, con los paralelos y meridianos correspondientes.

Cerca de la costa sur chilena, se veía un puntito anaranjado.

—Aquí estamos nosotros —señaló Vandelaert.

Coleman estudió el mapa un momento. Luego, con el índice, marcó un punto geográfico.

—Aquí —dijo—. Ordena a tus pilotos el cambio de rumbo correspondiente.

—Tardaremos varios días en llegar —advirtió Vandelaert.

Coleman sonrió anchamente.

—Me pasaré durmiendo todo el tiempo —contestó.

* * *

Al anochecer del tercer día, el robot comandante del avión informó que se encontraban a dos horas de distancia del objetivo.

—Muy bien —dijo Coleman—, Luke, ¿tienes un paracaídas?

—Por supuesto… Pero me imagino que lo harías mejor con propulsor individual.

El joven hizo un gesto negativo.

—Es de metal y podría dar señales en la pantalla —rechazó el ofrecimiento—. El paracaídas es mejor, puesto que no llevaré apenas trozos de metal sobre mi cuerpo, salvo los ganchos de los arneses. Aparte de ello, el propulsor tiene gases que provocan llamas y se puede advertir a gran distancia, aun a simple vista, eso sin contar con que un paracaídas es absolutamente silencioso.

—Como quieras, pero tú no has practicado…

—Correré el riesgo —sonrió Coleman.

—Imagino que quieres ir solo. ¿Por qué no dejas que te acompañe?

De pronto, May dio un paso hacia adelante.

—Tú no puedes ir solo —exclamó1—. Yo te acompañaré.

—No, May…

Ella, inesperadamente, metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó una tarjeta de forma rectangular, que puso ante los ojos del joven.

—Lee —dijo.

Coleman silbó instantes después.

—Vaya, podrías requisar este avión, si lo desearas —dijo.

—No será necesario llegar a tanto, aunque sí puedo dar orden a Luke de que me proporcione otro paracaídas —contestó ella, a la vez que tendía la tarjeta hacia el dueño del avión—. Pero iré contigo o tú no saltarás.

Coleman miró sucesivamente a sus tres amigos. Vandelaert sonrió un poco y luego, acercándose al mamparo, descolgó el micrófono:

—Jefe a comandante piloto; conecte el dispositivo antirradar global hasta nueva orden.

—Enterado —respondió el piloto.

Coleman tenía la vista fija en la pantalla. Antes de que Vandelaert dejase el micrófono, se apoderó de él y dijo:

—Mantenga el mismo rumbo, reduciendo, si es posible, a doscientos kilómetros por hora. Pero deberá elevarse a dos mil metros.

—Entendido.

—Bien —dijo Coleman a continuación—, creo que es hora de que me prepare. Tú también, May.

—Si —contestó ella.

—Luke, ¿quieres enseñarme la escotilla por donde hemos de saltar?

—Está en popa. Es la escotilla de carga.

—Magnífico. Vamos allá.

Dos horas más tarde, en lo más profundo de la noche, Coleman y May, ambos equipados con sendos paracaídas, se hallaban a ciento veinte metros de la proa, junto a sus tres amigos. Norton y Palla se encargarían de manejar los controles de apertura del escotillón de carga. Vandelaert vigilaba las luces que indicarían el momento exacto en que el avión se hallaría sobre la vertical del punto que alguien había denominado Central 0042.

Una luz anaranjada se encendió de pronto en el techo de la bodega de carga.

—Faltan cinco minutos —avisó Vandelaert.

Coleman y la chica se acercaron al escotillón. La luz se encendió y apagó varias veces, muy rápidamente, pasados cuatro minutos.

—Sesenta segundos —anunció Vandelaert.

El gran portón de carga empezó a descender lentamente. Coleman agarró la mano de la muchacha.

—Cuando yo te lo diga, corre y salta como si fueras a tirarte de cabeza a una piscina.

—Sé saltar en paracaídas —contestó ella displicentemente.

—Veinte segundos —dijo Vandelaert a poco.

Y luego fue haciendo en alta voz la cuenta atrás.

Cuando faltaban cinco segundos, Coleman echó a correr y tiró de la mano de May. La plataforma, larga y espaciosa, se separaba de la parte inferior del fuselaje casi quince metros.

En el momento en que saltaban, se encendió la luz verde. Los dos jóvenes se hundieron silenciosamente en el vacío.

Doscientos metros más abajo, Coleman notó el tirón de los arneses. El paracaídas se había abierto.

Al refrenarse su descenso, miró en todas direcciones. May se hallaba a unos trescientos metros y cien más abajo. La muchacha maniobró con las cuerdas del paracaídas, a fin de acercarse a su acompañante.

Coleman miró hacia abajo. La luna creciente, iluminaba muy débilmente el suelo. No obstante, consiguió ver una aglomeración de rocas, en el centro de una vasta zona desértica, llana y árida. Era como una especie de isla en un mar de piedra y arenas.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—No te preocupes por mí —respondió ella—. En cambio, debes preocuparte por la forma de entrar en esa fábrica, que, imagino, debe de ser una fortaleza.

Coleman dirigió la vista hacia la imponente montaña que se alzaba ante ellos como una especie de tétrico castillo, apenas iluminado por la luz de un satélite en los principios de su fase creciente. El frío era intensísimo y May no pudo evitar un estremecimiento.

—Lo que daría ahora por estar junto a un buen fuego —murmuró.

—Hubieras hecho mejor quedándote en el Flying...

—No insistas —cortó ella secamente—. Vamos a buscar la entrada, pero, dime, suponiendo que la encontremos, ¿cómo piensas inutilizar la fábrica?

Coleman sonrió maliciosamente.

—En alguna parte, encontraremos una barra de metal —respondió—. Será más que suficiente para provocar un cortocircuito en las inmediaciones del interruptor general.

* * *

La luz de la Luna aumentaba las dimensiones reales de la montaña. Después de contornearla por completo, sin haber encontrado la menor señal de una puerta, Coleman llegó a la conclusión de que la altura máxima sobre el nivel del desierto era de unos seiscientos metros y su circunferencia de cuatro mil. Pero la caminata de circunvalación no había dado el menor resultado.

Al cabo de un rato se sentaron a descansar.

—Roy, ¿dónde está la puerta? —preguntó ella, desalentada.

Coleman meditó unos instantes.

—Quédate aquí —dijo al cabo—. Haré una nueva exploración. El silencio es total. Aunque esté en el lado opuesto, un tenue silbido será suficiente para que me oigas.

—Ellos también pueden oírte...

—Están dentro y desconocen nuestra presencia. May, la montaña está hueca. Si es una factoría de robots AH, como calculamos, habrá ruido en el interior, poco o mucho.

—Ahora estarán durmiendo —objetó ella.

—Nena, me extrañaría mucho que no se hiciesen tres turnos de trabajo; lo cual quiere decir que la tarea de construir robots no se interrumpe ni de día ni de noche. Espera... y descansa.

Coleman echó a andar. May lo perdió de vista en contados segundos.

En esta ocasión, Coleman caminaba siguiendo con toda

exactitud los menores recovecos de la montaña, que parecía literalmente una isla que emergiese en un mar sólido En alguna parte, calculaba, debía de haber una entrada...

—Porque de alguna parte tienen que venir los materiales y alguien debe llevarse los robots, una vez construidos —calculó.

De tanto en tanto tanteaba la roca con una mano. Habían pasado veinte minutos, aproximadamente, desde que se separase de May, cuando, inesperadamente, tropezó con un pedrusco medio enterrado en la arena del suelo y que le había pasado inadvertido.

Al tropezar, cayó hacia adelante. Por un momento, creyó que se estrellaría de cara contra la roca. Pero lo que parecía sólido muro de basalto, cedió sorprendentemente a la presión de sus manos, adelantadas por el instinto de evitar daños mayores en la caída.

Al recuperar el equilibrio, contempló atentamente el negro muro que tenía ante sí. De nuevo hizo presión con las manos.

La roca cedía con cierta blandura.

Sonrió. Luego se llevó dos dedos a la boca y emitió un ligero silbido.

May llegó un cuarto de hora más tarde, jadeante y sin aliento.

—¡Roy! ¿Dónde...?

—Silencio —ordenó él—. Ya he encontrado la puerta.

May avanzó unos pasos. Con ojos atónitos, examinó la abertura que Coleman había practicado en lo que parecía solidó muro basáltico.

Al otro lado de aquel hueco, se veían muchas y brillantes luces.

—¡La entrada!

—Sí. Lona o plástico, hábilmente pintados y sostenidos por una armazón de metal, que dan la ilusión de trozos de roca, que forman parte de la montaña. Supongo que el conjunto girará alrededor de unas bisagras, cuando vehículos voluminosos tengan que entrar o salir de este lugar, pero es algo que no importa por el momento.

—¿Cómo lo has hecho, Roy? —preguntó ella, todavía llena de asombro.

—Oh, a veces, una simple navajita resulta muy útil —contestó él, con fingida displicencia—. Bien, ¿entramos?

—Sin dudarlo un segundo —respondió May, resuelta.

CAPÍTULO XI

Al pasar al otro lado, se encontraron bajo la bóveda de un espacioso túnel, brillantemente iluminado. Al fondo, se divisaban algunas siluetas que se movían. Era imposible saber si se trataba de personas o de robots.

Coleman estudió el panorama más inmediato. De pronto, divisó una especie de armario, empotrado a medias en la roca auténtica. Era

enorme, más de tres metros de altura, por dos de anchura. En su fachada había una calavera, símbolo clásico de aviso de peligro: «NO TOCAR. PELIGRO DE MUERTE», decía el cartel, situado inmediatamente debajo.

Nadie parecía haberse percatado de la presencia de los intrusos. Antes de dar un solo paso, Coleman se volvió hacia la armazón que sostenía el grupo de falsas rocas.

Eran viguetas de acero, perforadas y unidas por simples tuercas Coleman se acercó al armario de metal, junto al cual había otro más pequeño, con el rótulo de «HERRAMIENTAS». Abrió éste y buscó hasta encontrar una llave inglesa. Luego se apoderó de una linterna, guardada allí para casos de emergencia, volvió junto a la muchacha y se la entregó.

—Prepárate para encenderla, cuando te lo diga.

—Está bien.

Coleman regresó junto a la caja de herramientas, en la que había visto dos pares de guantes aislantes. Eligió el par que mejor se acomodaba al tamaño de sus manos y, acto seguido, se acercó a la puerta del armario

En aquel momento, se oyó una voz al fondo:

—Atención a los miembros del equipo de grabación. La frecuencia se ha variado. La nueva frecuencia es 1-2-0-7.

Coleman se volvió hacia la muchacha.

—Saben que les hemos atrapado un robot y que no han podido destruirlo —dijo.

—Eso significa que pudiste haber encontrado la frecuencia de radio.

—A saber dónde estaba grabada. Francamente, ya no podía más..., y a fin de cuentas, lo hemos averiguado, ¿no crees?

—Sí, pero, dime, ¿qué piensas hacer?

—Ahora lo verás.

Coleman se había apoderado de una vigueta perforada, con sección de L, de unos sesenta centímetros de largo. Asió la manija de la puerta, la hizo girar y tiró hacia sí.

—Lo que había calculado —dijo—. El interruptor general, con los fusibles principales.

—Sí, pero, ¿dónde está el generador?

—Posiblemente, al otro lado, aunque eso importa poco ahora. Apártate, May.

—Cuidado —advirtió ella, muy aprensiva.

Coleman estudió la disposición del interruptor y de los fusibles. Luego, de súbito, lanzó la vigueta hacia adelante.

Un vivísimo chisporroteo se produjo en el mismo instante. Los chasquidos sonaban como petardos de feria. Los cables empezaron a

quemarse.

Las luces oscilaban primero y se apagaron después. Se oyó el alarido de una sirena de alarma.

—Roy... —llamó la muchacha.

—Ven aquí, no enciendas la lámpara todavía.

Coleman buscó su mano a tientas y la atrajo hacia sí. En algún lugar del enorme túnel empezaron a encenderse luces de emergencia.

Los aullidos de la sirena resonaban con tremenda potencia. De pronto, a través de los altavoces, alguien emitió una orden colérica:

—¡Paren esa maldita sirena! ¡Ya sabemos que hay una avería!

El alarido cesó de inmediato. Alguien pidió la iluminación de emergencia.

Al otro lado del túnel, había una gran pila de cajas de que debían de contener materiales para la construcción de robots. Coleman echó a correr, tirando de la mano de la muchacha. Así consiguieron ganar aquel refugio, antes de que se encendieran algunas de las lámparas de la bóveda.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó ella.

—En alguna parte, debe de haber una especie de cuarto de control general. Si consigo encontrarlo, podré dar la orden de alto a todos los robots. Pero antes me gustaría echarle mano a una de esas máquinas.

—¿Para qué?

—Pues... simplemente, para hacer la prueba verbal. Bueno, cuando localice la emisora, también tendré que hablar. Pero lo que quiero decir es que me parece debo hacer esa prueba sin el intermedio de un emisor de radio.

—Sí, comprendo...

De pronto, se oyeron pasos en las inmediaciones.

—Ha debido de ser en el interruptor general —dijo un hombre.

—Alguien se ha descuidado y lo va a pagar muy caro —exclamó otro, visiblemente irritado.

—Un momento —dijo el otro individuo—. Hoy mismo, a mediodía, revisé el interruptor general y la batería de fusibles en pleno. Todo estaba en perfecto estado. Cal Miller venía conmigo, por si no creen lo que estoy diciendo.

—Entonces, ¿por qué diablos han saltado los fusibles?

El grupo de técnicos llegó al armario y lo vieron abierto. Inmediatamente, se percataron de la realidad de lo sucedido.

—¡La caja de herramientas está abierta!

—¡Es un sabotaje!

De pronto, una racha de aire frío penetró con fuerza a través de la abertura que Coleman había practicado con su navaja.

—¡Alguien ha entrado aquí!

El que parecía jefe del grupo, tomó un aparato portátil de radio y lo puso en funcionamiento.

—Jefe, hay un intruso —informó.

—¿Seguro, Benedict?

—Seguro. Estamos viendo rasgada la lona de las rocas simuladas. Además... Sí, Leo Brick me enseña en estos momentos un trozo de vigueta perforada. Alguien provocó el cortocircuito.

—Bien, ya me imagino de sobras quién debe ser. Si actúa como espero, no se habrá ido, sino que continúa en el interior de la factoría. Deben buscarlo a toda costa, Benedict, pero no le hagan el menor daño. Lo quiero vivo, ¿estamos?

—Sí, señor.

Benedict dio órdenes a sus ayudantes para que reparasen las averías. Luego llamó por la radio a todos los demás:

—Roy Coleman ha entrado en la factoría. Las órdenes son de buscarlo por todas parles y de llevarlo a presencia del jefe. Vivo, desde luego.

Agazapados tras las cajas, algunas de las cuales eran de enormes dimensiones, Coleman y May cambiaron una mirada.

—Estamos en un aprieto, Roy —dijo ella.

Coleman asintió en silencio. Entre las cajas y el muro había un espacio apenas superior a un metro. Las cajas formaban, en pilas, una hilera de treinta metros de longitud. Pero, inevitablemente, alguien acabaría por mirar al otro lado.

Ya se oían ruidos de muchas personas en movimiento. Coleman asomó ligeramente la cabeza y divisó al hombre llamado Benedict, con el transmisor de radio en la mano, dando órdenes a diestro y siniestro.

Un poco más allá, los técnicos se afanaban en la reparación del interruptor general y de su sistema de fusibles. Coleman murmuró:

—Si pudiera apoderarme de ese transmisor de radio...

—No te serviría de nada —dijo ella—. Probablemente, sólo tiene una frecuencia; la que se necesita para las comunicaciones internas. Es preciso buscar una emisora, provista de un dial que permita utilizar todas las frecuencias.

—Y esa emisora estará en el «puente de mando», por decirlo de alguna forma.

-Sí.

De pronto, Coleman notó que una de las paredes de la caja tras la cual se hallaba, parecía ceder. La caja estaba construida con simples tablas, pese a sus grandes dimensiones. Tocó con ambas manos y pudo ver que aquella pared de madera cedía efectivamente.

—Aquí, May --susurró.

Coleman había hecho girar la pared hacia afuera. Ella se

escurrió por el hueco, seguida en el acto por el joven.

—Aquí estamos seguros —suspiró, satisfecha, al hallarse en el negro interior de la caja.

—Sí, pero, ¿hasta cuándo?

* * *

La caja se movió ligeramente. Coleman y May, sentados en el fondo, se habían quedado dormidos y despertaron en el acto.

Una máquina levantó la caja. May buscó a tientas la mano del joven.

—¿Adónde nos llevan? —musitó.

—La caja está vacía. Probablemente, acabaremos en un cuarto de trastos viejos.

—¿Tú crees?

—En algún momento necesitarán esta caja, para transportar los robots AH, bajo la inscripción de «herramientas» o «Material agrícola». Pero antes habremos conseguido salir de aquí.

—Roy, me gustaría que el cuarto de los trastos estuviese junto a la cocina. Estoy muerta de hambre.

—Lo lamento. Pensé que la cosa sería más breve..., pero es que no he sido entrenado para agente secreto.

La caja, indudablemente, era transportada por carretilla. Al cabo de unos minutos, el vehículo se paró.

Coleman y May notaron que la caja era descendida al suelo. Fuera sonaron voces de hombres que actuaban ya con toda normalidad.

A los pocos momentos, volvió el silencio. Coleman acercó sus labios a la oreja de la chica.

—Será cosa de explorar el terreno —musitó.

—Sí, yo también lo creo así.

Coleman aguardó todavía unos minutos. Cuando se convenció de que no había nadie en las inmediaciones, empujó un poco la tapa lateral y asomó la cabeza por el hueco.

—El terreno está despejado, May.

Salieron hiera. Coleman frunció el ceño al darse cuenta de que no se hallaban precisamente en un cuarto destinado a los trastos viejos.

De repente, se oyó una voz irónica a sus espaldas:

—Bienvenidos a Central 0042, doctor Coleman y señorita Haskell.

* * *

May emitió un gritito de susto. Coleman se volvió lentamente.

—Heinrich Kronne —dijo.

—El mismo, doctor. ¿Cómo se encuentra, señorita Haskell?

Detrás de Kronne había dos individuos de rostros torvos, ambos empuñando sendas pistolas de tipo antiguo, pero no por ello menos efectivas. Coleman contempló unos momentos a Kronne, alto, voluminoso, de ojos pequeños, piel grasienta y rostro sanguíneo.

—Señor Kronne —dijo May—, poseo un documento que me confiere autoridad sobrada para...

—Para nada. Usted y su departamento no tienen la menor autoridad en este lugar —atajó Kronne rápidamente.

—Pero saben que estamos aquí...

—Lo dudo mucho, y aunque eso fuese cierto, es lógico que sufran un accidente irreparable. Nadie podrá exigirnos la menor responsabilidad, se lo aseguro.

—Tiene comprada a la gente, ¿eh?

—Mejor que eso, la tengo en mi poder.

Coleman frunció el ceño.

—Me parece que empiezo a comprender, señor Kronne —dijo.

—Lo celebro, amigo mío; pero no crea que por ello lo va a repetir a nadie. Es cierto que usted y su encantadora amiguita me han creado numerosos problemas, pero ya no me molestarán más.

—Perdón, desearía hacerle una pregunta.

—Sí, por supuesto.

—¿Será una ejecución en regla... o simplemente me pegarán un tiro en la nuca?

Kronne sonrió de un modo extraño.

—Nada de eso —respondió—. La forma en que van a morir aparecerá como natural y lógica a los ojos de todo el mundo, si es que alguien llega a enterarse. Pero siento mucho tener que hacerlo; son ustedes dos elementos muy valiosos, a quienes me habría gustado tener a mi lado, aunque sé de sobra que hacerles una propuesta semejante, sería perder el tiempo.

—De eso puede estar seguro —exclamó la muchacha con vehemencia.

—Kronne, ¿cómo nos ha descubierto? —preguntó Coleman.

—Hay detectores de presencia orgánica. Bastó contar los operarios humanos, para saber en poco tiempo que había dos personas ajenas a la factoría. El escondite estaba bien elegido, pero permanecieron en él demasiado tiempo.

—Queríamos esperar a la noche...

—Aquí no se descuida la vigilancia ni de día ni de noche.

—Ya. Por eso, los fusibles saltaron solos —dijo Coleman irónicamente.

Kronne enrojeció más todavía.

—No volverá a suceder —aseguró—. Y yo seguiré adelante con mi plan.

—¿En qué consiste? —preguntó May—. Puesto que vamos a morir, no debe tener interés en ocultárnoslo, vamos, creo yo.

—¿Es que no te lo imaginas? —dijo el joven—. Casi todo el mundo tiene hoy día un robot sirviente, por lo menos. Los políticos, los grandes financieros, los personajes de rango, tienen, en ocasiones, varios robots. El amigo Heinrich está sustituyendo esos robots por otros de la clase AH, que obedecerán ciegamente sus órdenes, emitidas desde algún punto, en el momento en que le convenga.

—Con lo cual, asaltará el poder —adivinó ella.

—Exactamente —confirmó Kronne, sonriendo—. Pero no será una matanza general a gran escala, como sospechas, sino que, simplemente, los personajes mencionados, obedecerán las órdenes que yo dé a través de mis robots. Por supuesto, si alguno de ellos se empeñara en negarse a acatar mi superioridad, sería eliminado... en un desgraciado accidente, por fallo de los circuitos de un robot.

—Lo cual se contradice abiertamente con las órdenes que los robots de clase AH tienen grabadas, para el momento en que les llegue la palabra clave.

—Bueno, las dos palabras clave, que significan adelante y alto respectivamente, son a modo de sendos cartuchos de reserva. No, no quiero tomar el poder de la Tierra de un modo tosco y brutal, sino de una forma mucho más sutil e inteligente...

—Mandar en todo el mundo, sin que nadie más que usted lo sepa —adivinó Coleman.

—Es usted un magnífico psicólogo, además de una eminencia en microcibernética —respondió Kronne—. Pues, sí, eso es exactamente lo que pretendo.

—Y nos ha dado un buen ejemplo con la muerte de Katy Mortensen y de Bernie Bloom

—No tuvieron fortuna, eso es todo.

Coleman volvió los ojos hacia la muchacha.

—Lo siento, May —dijo.

—No le preocupes. Tarde o temprano, esta factoría será descubierta y destruida —contestó ella.

Kronne soltó una risita despectiva.

—Eso mismo me dijo tiempo atrás un tipo llamado Flanagan. Aunque de forma independiente, también intentaba conseguir lo mismo que ustedes... Doctor, ¿porqué no aceptó mi proposición?

—Tengo delicado el estómago —contestó el joven sin pestañear —. Hay cosas que me hacen vomitar sólo de pensarlas...

CAPÍTULO XII

Kronne enrojeció de ira al comprender el significado de aquella respuesta virulenta. Pero, haciendo un poderoso esfuerzo, consiguió dominarse y sonrió.

—Al menos, no voy a negarles el derecho a hablar… antes de la ejecución —dijo.

—¿Cuándo tendrá lugar, Heinrich?

—Ahora mismo.

Coleman sintió un escalofrío. La chica palideció.

Los ojos de Coleman contemplaron el rubicundo rostro de Kronne. A pesar de su aparente expresión amable, sabía que Kronne no tendría piedad de ellos.

—Voy a decirles en qué forma morirán —dijo Kronne, rompiendo el breve silencio que se había producido momentáneamente—. Es bien sabido que un robot tiene mucha más potencia física que un humano, pero, en cambio, no puede correr como éste. Sin embargo, un robot puede caminar sin necesidad de tomarse un descanso durante días enteros. Creo recordar que, en alguna ocasión, ustedes han conseguido escapar de mis robots, mediante el simple procedimiento de echar a correr.

--Ahora también harán lo mismo, pero fuera, en el desierto. Este lugar se halla en un punto completamente deshabitado. En quinientos kilómetros a la redonda, no hay un solo ser humano. Les dejaremos fuera, dándoles, incluso, una hora de ventaja. Luego soltaré a mi jauría de robots..., ¡y que gane el mejor! —concluyó Kronne, con una estentórea risotada.

May se tapó la cara con las manos, en un gesto puramente instintivo. Coleman apretó los labios.

—Le gusta torturar a la gente, Heinrich —dijo.

—No, sólo a un par de entrometidos, que hubieran hecho mucho mejor quedándose en casita. ¡Benedict!. Uno de los vigilantes se adelantó.

—¿Señor?

—Ya tienen ustedes mis instrucciones. ¡Cúmplanlas!

—Sí, señor.

Benedict se acercó a la pareja.

—Vamos, caminen delante de nosotros —ordenó.

Coleman agarró la mano de la muchacha.

—No temas —musitó.

—Benedict, cuando esta pareja se haya alejado cosa de mil metros, suba a mi observatorio. Tengo ganas de apostar con usted cuánto tiempo durarán vivos —dijo Kronne.

—Bien, señor —sonrió Benedict.

Momentos después, Coleman y la muchacha se hallaban en el exterior.

Eran apenas las diez de la mañana y el sol despedía rayos de fuego, que provocaban enormes oleadas de calor. Coleman entornó los ojos para contemplar mejor el desolado panorama que les rodeaba.

—¡Tienen una hora! —exclamó Benedict—. ¡Vamos, empiecen a caminar!

Las manos de Coleman y May se unieron.

—Vamos —dijo él.

* * *

Cincuenta minutos más tarde, Coleman se detuvo y miró hacia atrás.

La montaña se recortaba tétricamente contra el horizonte. En algún punto de la masa rocosa, Kronne y sus esbirros les contemplaban por medio de prismáticos.

—Dentro de diez minutos saldrán los robots a darnos caza —dijo el joven.

—Y antes de que llegue la noche, estaremos agotados —vaticinó May lúgubremente.

—No se ha perdido todo. Ven, sígueme con todo cuidado.

Coleman se había detenido al borde de una profunda grieta, de varios salientes para que pudieran bajar al fondo de la grieta sin demasiado riesgo. Cuando se cumplía la hora, Coleman y la muchacha alcanzaban el suelo de la barrancada.

—Los robots nos verán aquí —dijo ella.

—Sí, si nos quedamos..., pero Kronne y los suyos no pueden vernos... —respondió Coleman—. Vamos, ayúdame.

Minutos después, May comprendía las intenciones del joven. Mientras, en un punto de la montaña, situado a cincuenta o sesenta metros del suelo, Kronne y Benedict, armados con sendos prismáticos, se sentían perplejos al observar la desaparición de la pareja.

—¿Qué pretenderán esos locos? ¿Acaso no saben que, de todos modos, los robots acabarán por encontrarlos?

—Han salido ya, señor —informó Benedict—. Pero antes de que acabe el día, Coleman y la chica caerán extenuados.

—Lástima que no podamos verlos.

—Tenemos gravimóviles...

—No, no conviene volar durante el día. Ah... —exclamó Kronne de repente—, mira, ya salen de la grieta.

Coleman y May se habían hecho visibles de nuevo y caminaban con paso natural en la misma dirección. El joven se volvió un instante.

Estaban a unos cuatros kilómetros de la montaña. La perfecta

transparencia de la atmósfera, le permitió divisar una larga hilera de diminutas figuras que caminaban tras sus huellas.

—Hace calor —se quejó May.

—Quítate la blusa y cúbrete la cabeza, como voy a hacer yo —aconsejó él.

May se sintió mucho mejor cuando la blusa libró a su cráneo de los ardores del sol que parecía derramar plomo fundido sobre la tierra. De cuando en cuando, se volvía para mirar a sus perseguidores.

Un poco más adelante, encontraron un amontonamiento rocoso.

—Vamos a descansar un cuarto de hora a la sombra —dijo él—. Luego correremos otro tanto y después nos pondremos al paso. Así mantendremos la distancia.

May, aunque en el fondo no tenía la menor esperanza de salir con vida de aquella cacería en la que ella y Coleman eran las presas que unos robots carentes de sentimientos humanos debían capturar... y matar.

* * *

A las seis de la tarde, exhausta, sin fuerzas, May se dejó caer en el suelo.

—No puedo más.

Coleman se volvió. Pese a sus esfuerzos, los robots se hallaban solamente a mil metros de distancia.

Podía cargar con May, pero, inexorablemente, las máquinas con figura humana les darían alcance en el momento en que él se derrumbase agotado. Incluso podía luchar contra uno, dos... destruirlos a pedradas, pero el sádico Kronne había previsto semejante eventualidad, lanzando a más de veinte robots tras sus huellas.

De repente, una chispa brilló a lo lejos.

—May, creo que ya están ahí —exclamó Coleman.

—¿Quiénes? —preguntó ella.

—Espera un poco...

La chispa de luz se transformó en un objeto que se acercaba rápidamente al lugar. Cinco minutos más tarde, May, atónita, descubrió que aquel objeto era el Flying Palace.

—Sabía que no nos abandonarían —exclamó él, satisfecho.

El gigantesco aeroplano volaba ahora a menos de cien metros del suelo. De pronto, hizo un viraje de 90º y cambió su rumbo, situándose paralelamente sobre la hilera de robots cazadores.

El Flying Palace pasó a la mínima velocidad. En la popa, tres hombres empezaron a disparar pesados fusiles de caza.

Los robots saltaban en pedazos al recibir los proyectiles. Después de varias pasadas, todas las máquinas yacían sobre el suelo calcinado,

convertidas en simple chatarra.

Luego, Vandelaert ordenó a sus pilotos que emplearan los motores suplementarios antigravedad. El avión se posó suavemente en el suelo.

Vandelaert, Palla y Norton corrieron hacia la pareja, llevándoles agua y comida. Coleman bebió largamente y luego arrojó sobre su cabeza todo el contenido de la cantimplora.

—Viste mi mensaje, Luke —dijo.

Vandelaert sonrió.

—Desde luego —contestó—. ¿Estas cifras son las de la frecuencia de radio?

—Sí.

—Bien, vuelvo al avión. Lewis, Mark, ayudadlos a caminar.

Coleman y la muchacha, vueltos a la vida, se pusieron en pie. A lo lejos, en la montaña, Kronne y Benedict, extrañados, contemplaban un cuadro de mandos, en el que se habían apagado unas veinte luces.

—Algo ha sucedido, señor —gritó Benedict—. Los robots han dejado de funcionar.

De repente, se oyeron unos fuertes gritos bajo las bóvedas.

Los hombres corrían enloquecidamente, mientras los robots explotaban fragorosamente. Kronne y su ayudante se lanzaron fuera del cuarto de control.

Con ojos extraviados por el espanto, Kronne contempló la destrucción de todos sus robots. Entonces supo que, de alguna forma, Coleman había averiguado la frecuencia de la palabra clave, que debía originar la explosión de los robots.

—Benedict, prepare un gravimóvil y dos rifles —gritó Kronne, enloquecido de rabia.

—Ahora mismo, señor.

Benedict corrió al lugar donde se guardaban los gravimóviles. Al llegar allí, se encontró con un espectáculo aterrador.

Había cuatro gravimóviles. De todos ellos salían nubecillas de humo.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —gritó uno de los operarios.

—Había robots repasando los instrumentos de control. Fue una orden personal del señor Kronne. Recuerde aquel gravimóvil que se averió…

Benedict asintió. Sí, el propio Kronne había encomendado una revisión a fondo de los motores de los gravimóviles. Sólo que, para evitar errores, había ordenado que la revisión fuese efectuada por robots. Y éstos, al explotar, habían causado en los aparatos gravísimas averías, difíciles de reparar en el mejor de los casos.

A lo lejos, Vandelaert, seguido por sus robots, sacaba un montón de bultos fuera del aparato. Coleman, más recuperado, contempló con

asombro las operaciones.

—¡Luke! ¿Qué es lo que vas a hacer? —exclamó.

Vandelaert se volvió, sonriente.

—Vengar a un buen amigo —contestó.

—No entiendo…

—Flanagan trabajaba para nuestra empresa. Voy a perder algo que vale mucho, pero nadie, en lo sucesivo, construirá robots que puedan imponerse a los humanos.

Los pilotos y sirvientes del Flying Palace terminaron su tarea. Dos de ellos montaron rápidamente un puesto de control, provisto de una cámara de televisión.

Vandelaert tomó en sus manos el aparato de control remoto.

—Hay agua, víveres, ropas y tiendas de campaña —dijo— Pero, de todos modos, no estaremos aquí mucho tiempo; ya tenemos un par de gravimóviles en camino para rescatarnos.

El Flying Palace se elevó de pronto. Vandelaert, por medio del control remoto, lo hizo ganar quinientos metros de atura. Luego, lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

La cámara instalada en el morro del avión captaba las imágenes que eran reflejadas con todo detalle en la pantalla de control. A los pocos momentos, se hizo visible la montaña de basalto.

—Bien, ahí va un saludo visible de Pat Flanagan —dijo.

Coleman, May y los otros dos contemplaban absortos la escena. La entrada del túnel, ahora al descubierto, se agrandó vertiginosamente.

En la factoría secreta, sonaron unos breves gritos de terror. Luego, aquella masa de cientos de toneladas se precipitó contra la boca del túnel.

Un chorro de fuego y humo, subió a lo alto, junto con enormes fragmentos de rocas despedazadas por la explosión. Momentos después, Coleman percibió en los pies un sordo temblor.

La pantalla del televisor estaba en blanco. Vandelaert lo apagó y se volvió hacia sus acompañantes.

—Ya no se fabricarán más robots prohibidos —dijo.

Luego miró a la muchacha.

—May, en nombre del departamento, muchas gracias por su labor —añadió.

—Oh… —exclamó ella—. Usted es…

—El segundo de a bordo —sonrió Vandelaert—. Me lo propusieron hacía tiempo. El Flying Palace podía servir de mucho, dadas mis aficiones. Pero va construiré otro idéntico.

—Comprendo, aunque nunca me imaginé…

—Kronne tampoco se lo imaginó. Roy, también tenemos que agradecerte lo que has hecho —dijo a su amigo.

—En ocasiones, he sudado sangre —reconoció Coleman.

—Bueno, ahí tienes, al lado, la persona que te secará el sudor en lo sucesivo —exclamó Vandelaert, riendo—. Porque supongo que May no usará más el aparato de traslación instantánea.

—Ah, era aquello... —dijo Coleman, recordando la súbita desaparición de May, después de su primera entrevista.

—Sí, pero Luke tiene razón; creo que no usaré más ese cacharro.

En el horizonte se divisaba una negra columna de humo. Coleman buscó la mano de May.

—Los robots deben servir al hombre y no servirse de éste —dijo.

Ella asintió.

—Como todas las máquinas —agregó.

Vandelaert carraspeó.

—Se hace de noche —dijo—. ¿Por qué no preparamos el campamento?

Coleman se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—May y yo vamos a dar un paseo —dijo.

—¿Andar más todavía? —respingó ella.

—Bueno, si quieres, lo haré aquí delante de todos.

—Roy, no te entiendo en absoluto.

—Lo que Roy quiere decir es que una proposición de matrimonio debe hacerse a solas —rió Vandelaert.

—Ah, bueno —contestó May desenvueltamente—. Diré que sí, pero, por favor, no me hagas dar un solo paso más.

Coleman agitó la mano.

—De todas formas, Luke..., creo que debéis dar media vuelta, aunque sólo sea unos minutos. Justo el tiempo que necesito para besar a mi futura esposa.

Vandelaert y los otros obedecieron. Coleman abrazó a la joven.

—¿Sí? —inquirió.

—Sí —confirmó May.

F I N